EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes 8 rs.—Tres id. 20.—Seis id. 36.—Un año 70.—El número suelto 5 reales.

N.º 11, TOMO II.—MARTES 1.º DE ABRIL DE 1845.
La redaccion está en la calle de la Manzana, número 15, cuarto bajo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes 10 rs.—Tres id. 28.—Seis id. 54.—Un año 110.—Suscríbese en las principales librerías del reino corresponsales de la casa.

RESUMEN.

El rey D. Pedro (artículo segundo), por D. José Amador de los Rios.—**Bernal-francés, (romance portugués)**, por D. Isidoro Gil.—**Donde las dan las toman (novela)**, por D. M. J. Diana.—**Literatura portuguesa**, por D. Leopoldo Augusto de Cueto.—**Inspiracion**, por D. Francisco Cea.—**Recuerdos de viaje, (artículo primero)**, por D. Manuel Cañete.—**Fábula**, por don Pedro Fernandez Baeza.—**Un viaje á las Provincias Vascongadas, (artículo noveno)**, por D. Antonio Flores.—**Revista de la Quincena**, por D. A. Flores.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

EL REY DON PEDRO.

Artículo II.

Tradiciones populares.—Juicio de Francisco de Castilla sobre don Pedro, y noticia de don Juan de Castro.—Poetas dramáticos españoles que se han valido de él en sus comedias.—Lope, Calderon, Alarcon y Moreto.—D. José Zorrilla.

Consideramos en el artículo anterior al rey don Pedro con relacion á los elementos políticos y sociales que se habian desarrollado hasta su época, y obtuvimos de semejantes investigaciones algunas consecuencias favorables á los principios que asentamos como fundamento de nuestras opiniones.—El exámen de los hechos ocurridos desde la muerte de aquel monarca nos suministró tambien bastantes pruebas para demostrar la exactitud de aquellos asertos. La muerte alevosa de don Pedro retrajo la civilizacion española por mas de 150 años: hé aquí lo que dijimos al empezar nuestra tarea, y esto mismo apareció corroborado al observar la historia de Castilla desde el año de 1368 hasta la afortunada y gloriosa época de los reyes católicos, en que reunidas ambas coronas se constituyó para siempre la unidad de la monarquía, habiendo cooperado eficazmente á esta grandiosa obra el cardenal Cisneros.

Contrayéndonos ahora á considerar al rey don Pedro bajo otro aspecto, á saber, segun lo han visto y comprendido nuestros poetas, no olvidaremos sin embargo, el apuntar ligeramente algunas tradiciones populares que han llegado hasta nosotros de padres á hijos; tradiciones que si bien algo abultadas, pueden servir en cierto modo de balanza á otras muchas, de que hicimos mencion en los anteriores números.—Cuéntase pues, que dudando el rey don Pedro de la integridad de los notarios y escribanos públicos de Sevilla, los cuales parece que eran ya tan honrados como los del tiempo de Quevedo, los hizo venir á su palacio: examinólos haciéndoles diversas preguntas, y llevándolos al cabo á un grande estanque, en el cual nadaba una media naranja, colocada de tal modo que parecia entera, les dijo: —«Dadme fé de lo que sobrenada en el agua.»— Aseguró el primer notario, sin tomarse el cuidado de examinar el objeto que tenia delante, que era una naranja, é irritado el jóven rey de la poca prevision y formalidad con que habia procedido, le mandó castigar severamente para que sirviera de escarmiento á sus compañeros. Este hecho, que no pasa de ser una tradicion, contiene no obstante una leccion importante y un rasgo del carácter de don Pedro, y en verdad que bien habiamos menester para algunos escribanos del siglo XIX iguales y aun mayores castigos. Refiérese tambien que murió en la capital de Andalucía un anciano pobre, el cual lo era tanto que no habia dejado dinero alguno para costear su entierro: negóse el cura párroco á darle sepultura, faltando á las doctrinas de la iglesia é injuriando en aquel infeliz á la humanidad. Quedó el cuerpo insepulto por algunos dias, hasta llegar á un estado de corrupcion completa: acertó entretanto á pasar por aquella calle el rey don Pedro, apercibióse del mal olor y preguntó la causa.—Informado por una mujer anciana y no menos pobre que el difunto de cuanto habia sucedido, hizo venir al clérigo á su presencia, le mandó cargar con el hediondo cadáver, y despues de abrir el hoyo para enterrarlo, ordenó que el impío cura fuese sepultado vivo debajo del cuerpo muerto.—Castigo fué este verdaderamente severo y que revela la ferocidad de aquellos tiempos; pero que ademas de ser merecido por la falta de caridad de aquel mal pastor tan cruel para sus orejas, estaba en armonía con muchas leyes y fueros municipales que castigaban con iguales penas crímenes tal vez menos espantosos.

Viniendo ya al principal asunto de estas líneas, observaremos que casi al mismo tiempo en que era la memoria del rey don Pedro infamada por sus enemigos se levantaba la poesía para vindicarlo, recogiendo el espíritu de la época y revelando al mundo

literario un hecho, que habian tenido grande empeño en oscurecer los parciales de don Enrique II. Francisco de Castilla, dotado de un valor y de una fuerza de conciencia, digna de la mas alta alabanza, escribia en su libro de los *Reyes castellanos*, al juzgar el reinado de don Pedro, lo siguiente:

El gran rey don Pedro que el vulgo reprueba,
por selle enemigo quien hizo su historia
fué digno de clara, famosa memoria,
por bien que en justicia su mano fué seva.
No siento ya como ninguno se atreva
decir contra tantas vulgares mentiras
de aquellas jocosas cruezas é iras
que su muy viciosa crónica aprueba.
No curo d' aquellos; mas yo me remito
al buen Joan de Castro, perlado en Jahen
que escribe escondido por celo del bien
su crónica cierta, como hombre perito.
Por ella nos muestra la culpa y delito
d' aquellos rebeldes que el rey justició,
con cuyos parientes Enrique emprendió
quitalle la vida con tanto conflito.

Dedúcese de esto que ya en siglos anteriores hubo quien comprendió la historia de Castilla dignamente, y que empeñados los señores de nuevo cuño en perpetuar la animadversion del vulgo contra don Pedro no pararon hasta hacer perdidiza la crónica de Joan de Castro.—Dá Castilla el nombre de *muy viciosa* á la que habia escrito Ayala, y esta observacion nos ha servido de fundamento para mirar como sospechoso cuanto en ella se contiene. La memoria de don Pedro parece que hubiera debido ser mas respetada por nuestros historiadores en vista de estos documentos. Pero como observamos en la *Historia de la literatura española*, mientras los historiógrafos han pintado á don Pedro con un negro colorido, atribuyéndole las mas criminales pasiones, le han presentado los poetas á los ojos del público dotado de distintos sentimientos, valiente, impetuoso y algunas veces irascible, pero siempre noble, siempre magnánimo, generoso y justiciero. Hé aquí cómo Lope, Calderon, Moreto y Ruiz de Alarcon han comprendido á ese rey desafortunado, encontrando tal vez tan bello tipo en los versos de Castilla, si bien no por esto pueden haber desmerecido sus producciones. ¿Y qué se ha de pensar á vista de tan importante contradiccion entre historiadores y poetas? ¿Será acaso que la poesía se haya complacido en desfigurar un mónstruo tan abominable, prestándole sus bellas formas para engañar á la multitud, ó que no haya tenido la historia entre nosotros tanta libertad como la poesía para revelar tan interesantes verdades? Nosotros creemos que no puede hacerse á la poesía una inculpacion de esa especie: exentos los poetas de las pasiones políticas y libres tambien de su yugo, han ocupado el puesto de los filósofos hasta cierto punto, y guiados por el sentimiento, por ese noble instinto que raras veces engaña, han desentrañado la historia, se han apoderado de su espíritu y han presentado á sus compatriotas profundas lecciones, que no han bastado, sin embargo, á borrar la impresion causada por los libros.

Los poetas han llenado, pues, un vacío que se advertia en la historia de Castilla. Lope de Vega en su comedia titulada *Lo Cierto por lo dudoso*, Calderon en el *Médico de su honra*, Ruiz de Alarcon en *Ganar Amigos*, y sobre todos Moreto en *Rey valiente y justiciero ó rico hombre de Alcalá*, han dado á los escritores que siguieron la *muy viciosa* crónica de Ayala y sus parcialidades un solemne *mentis*, ofreciendo al par, especialmente el último, al mundo filosófico un cuadro fiel de la sociedad del siglo XIV y de sus costumbres.

El título escogido por Moreto para su comedia basta solo para explicar el pensamiento que le animó al escribirla.—*Valiente* y *justiciero* llama al hijo de Alfonso XI, añadiendo á continuacion, para que no quede duda alguna de la época que intenta retratar, el *rico hombre de Alcalá*; es decir: el elemento monárquico al frente de la nobleza que tan desesperadamente le combatia.—Una obra que desde luego daba idea semejante, que desde su primera página despertaba estos sentimientos, no podia menos de presentar en el fondo aquella encarnizada lucha habida entre la monarquía y el feudalismo, entre la anarquía y el gobierno, lucha que hemos tratado de caracterizar en el anterior artículo.—Moreto mas que poeta fué en esta obra filósofo: convencido de que se habia juzgado á don Pedro con una insigne mala fé, se remontó á los tiempos de su reinado para encontrar las pruebas en que se fundaban los historiadores para condenarle.—¿Y qué fué lo que halló en este exámen?—Ahí está el *Rey valiente y justiciero* para responder por nosotros; ahí está esa sublime concepcion de nuestro teatro, para manifestar al siglo XIX lo que era el XIV.

Moreto halló entonces en el reino de Castilla un rey que perseguia á sus hermanos bastardos, porque le hacian cruelmente la guerra, revolviendo los pueblos y revelándolos contra el trono: halló una grandeza fiera, orgullosa y llena de ambicion que pretendia serlo todo en el Estado, oprimiendo á las demas clases, con mengua de la autoridad de los reyes.—¿Y cuáles fueron los medios que empleó para desenvolver en el drama estos pensamientos?—Presentó en la escena á uno de aquellos tiranuelos que infestaban á Castilla, bosquejando de mano maestra sus demasías y sus crímenes; colocó á su frente al jóven don Pedro en traje desconocido, y de esta situacion surgieron otras muchas de grande interés, dando vida al drama y verdad á los caractéres.—Veamos de dar alguna leve idea del *Rey valiente y justiciero* para que sirva de apoyo á nuestras observaciones.

El rey don Pedro llega á la casa de don Tello cuando perseguia al rebelde don Enrique, á tiempo que el rico hombre acababa de cometer un atentado atroz, robando su dama á un caballero á quien se habia ofrecido como padrino de boda.—Enterado de aquel desman, y noticioso de que no habia en Alcalá *honor seguro* de don Tello, el cual quebrantaba por costumbre todos los juramentos, se presenta á él, tomando el nombre de Aguilera y fingiendo ser escudero de la casa del rey.—Don Tello le recibe con la mayor altanería; negándole silla y diciéndole despues de haber hecho gala de su insolencia:

Cuando el rey valerse quiera
de mí para alguna cosa
vendrá á verme y hacer venta
en mi casa, donde yo
á los reyes que aquí llegan,
como á parientes regalo
y hospedo.

Despues continúa hablando mal de don Pedro, hasta que al cabo no pudiendo éste contenerse le replica:

Téngase usía, y advierta
que habla del rey don Pedro
que es su rey, y aunque no fuera
su rey, es tan mal sufrido
que le cortára la lengua
á saber cómo habla de él.

Don Pedro vuelve á Madrid al poco tiempo y manda llamar á su presencia al rico hombre. Pero antes de que se presente piden los agraviados justicia y escucha el rey su demanda, dando lugar á una escena notable, de todo el mundo celebrada. Don Rodrigo, el esposo ultrajado por don Tello, reconoce en el rey al caballero desconocido que le habia aconsejado en Alcalá, se turba y esquiva repetirle lo que ya sabia.—Esta es una escena en que aparece don Pedro animado de los sentimientos caballerescos de su época.—Don Rodrigo dice finalmente:

.....Y no podré
pues sin ella quedaré,
cobrar yo antes mi opinion?
REY. Sí y no.
ROD. ¿Pues cuál haré yo
entre un sí y un no que oí?
REY. Don Pedro os dice que sí:
el rey os dice que no.

En la escena sexta del segundo acto aparece don Tello seguido de sus doñeeles, ostentando su desmedida arrogancia é intentando entrar á la presencia del rey con todos los suyos.—Moreto quiso presentar aquí una personificacion de la nobleza de aquel tiempo y lo consiguió en nuestro concepto, si bien el *rico hombre* no logra lo que pretende: don Gutierre, intendente ó mayordomo de don Pedro, les impide la entrada y se vé obligado á pasar adelante solo, esperando largo tiempo á que el rey se dignára recibirle. Don Pedro se deja ver últimamente; pero acompañado de los grandes y caballeros que le eran fieles, sin hacer caso alguno de don Tello, que se arrodilla á sus plantas para hablarle, y que notando que es altamente despreciado, se resuelve á salir de palacio, lleno de cólera contra el monarca. El rey le detiene sin embargo y enlaza con él un diálogo que siempre que se ha puesto en escena este drama desde el primer teatro de la córte hasta en el último y mas despreciable de aldea, ha sido acogido con universal entusiasmo.—Y qué hemos de pensar de este hecho tan de bulto y tan significante? ¿Por qué reconoce el pueblo español en todas partes al rey don Pedro que nos pinta Moreto y se alegra de ver humillada la insolencia del rico hombre?...—El juicio que forma el público al presenciar esta escena no puede ser mas espontáneo, no puede ser mas inequívoco; el rey don Pedro se le presenta entonces ocupando su lugar, combatiendo y humillando la altivez de una nobleza incalificable hasta cierto punto. Los retratos son completos, están parecidos, y en aquellos momentos el poeta filósofo, el poeta historiador triunfa de todas las preocupaciones y desvanece todos los escrúpulos, despertando vivamente el entusiasmo patriótico y vibrando esa cuerda heróica del corazon español, que ha sido móvil de tan altas empresas.—Cuando Moreto escribió:

TELLO. Si es favor,
cuando á besaros la mano
vengo que el guante perdais...
REY. ¿Qué decis? ¿No me le dais?
TELLO. Tomad.
REY. ¿Para ser tan vano
os turbais? ¿Qué os embaraza?
TELLO. El guante...
REY. Este es el sombrero;
y yo de vos no le quiero
sin la cabeza;

no podia menos de prevenir el ánimo de los espectadores para la escena que seguia á estas palabras: Don Pedro continúa:

En fin ¿vos sois en la villa
quien al mismo rey no dá
dentro de su casa silla?
¿El rico hombre de Alcalá
es mas que el rey en Castilla?
. . . . . .
¿Vos quién, como llegué á vello,
partís mi cetro entre dos;
pues nunca mi firma ó sello
se obedece, sin que vos
deis licencia para ello?
. . . . . .
Para el rey nadie es valiente,
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente:
que el golpe de la justicia
no se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley
que vuestro error despreció;
porque ademas de ser rey
soy el rey don Pedro yo.

Sentimos no copiar íntegro este bellísimo pasaje. Las quintillas que hemos trasladado bastan, no obstante, á nuestro intento: en ese lenguaje reconocemos al hijo de Alfonso XI; ese lenguaje es el que debió usar un rey como don Pedro, con los *rebeldes que justició*, valiéndonos de la expresion de Francisco de Castilla.—Pero Moreto quiso probar que al paso que al jóven monarca no le faltaba valor para domeñar los mal reprimidos magnates, estaba tambien dotado de un corazon generoso. Despues de condenar á muerte á don Tello, le saca una noche de la cárcel disfrazado, le insulta despues y

le vence, descubriéndosele entonces, perdonándolo y facilitándole dinero y caballos para que huya de la córte. Asi concluye la accion del drama de Moreto, terminando con tan grandiosas pinceladas el cuadro que se propuso transmitir á sus compatriotas. Si Moreto careciera de obras tan excelentes como *El desden con el desden*, los *Enredos de un jardin* y *Trampa adelante*, bastaria el *Rey valiente* y *justiciero* á inmortalizar su nombre, adquiriéndole ademas de los laureles de eminente poeta, el honroso título de filósofo.

Calderon, Lope y Ruiz de Alarcon, no han prestado sentimientos menos nobles á don Pédro I de Castilla.—Lope termina *Lo cierto por lo dudoso*, haciéndole que perdone á su hermano don Enrique y que consienta en que se despose con doña Juana, dama á quien habia amado con delirio. Calderon dá fin al *Médico de su honra*, obligando el rey á don Gutierre á que dé la mano de esposo á una dama á quien habia burlado; y Alarcon últimamente acaba *Ganar amigos* con el perdon que concede don Pedro á don Fernando Godoy, restituyendo su privanza á don Fadrique, que aparecia como culpable en la muerte de su hermano don Sancho. Así han bosquejado tan esclarecidos ingenios el carácter de don Pedro, logrando siempre interesar al pueblo español con tan señaladas creaciones.

En nuestros dias se ha presentado tambien en la escena al nieto de doña María de Molina; pero no siempre del mismo modo: unos le han ofrecido á los ojos del público como un monstruo, como *una bestia feroz*, segun le apellida nuestro buen Mariana: otros le han dotado de nobles sentimientos y le han colocado en su terreno propio. Entre estos últimos sobresale nuestro querido amigo don José Zorrilla: este distinguido poeta, que en una preciosa leyenda intitulada *el Zapatero y el Rey* logró trazar con brillantes rasgos un cuadro animado, en el cual aparecia el jóven rey de Castilla con su verdadero colorido, quiso, prendado de tan bello asunto, esplotarla despues en dos dramas, escribiendo la primera y la segunda parte del *Zapatero y el Rey*. Una y otra son muy conocidas del público que las oye siempre con entusiasmo; porque prescindiendo ahora del mérito respectivo de entrambas, en las dos vé aquel rey que tendia su mano para sacar de la postracion en que le tenian al pueblo castellano, lamentando la horrible catástrofe de Montiel, con que concluye la segunda.—¿Por qué, pues, preguntamos nuevamente, el público del siglo XIX aplaude á los poetas que pintan á don Pedro magnánimo y valeroso, mientras vé con disgusto los dramas en que se le representa como á un tirano?...

Mucho nos hemos detenido ya en estas cuestiones, y el temor de molestar á nuestros lectores nos retrae de extendernos mas en ellas.—Al buen juicio de cada uno, á su comprension y sana crítica dejamos el deducir las consecuencias que mas cuadren á sus particulares doctrinas.—Nuestras opiniones en este punto á nadie obligan; pero no hemos querido dejar de exponerlas, por si ilustradas por otros mejores talentos, pueden prestar alguna luz al estudio filosófico de nuestra historia.

Jose Amador de los Rios.

BERNAL-FRANCES.

ROMANCE PORTUGUES.

Al mar se fué don Ramiro,
rica galera llevaba;
su pendon terror del moro,
en la alta popa ondeaba.

Tierna fué la despedida!
vá en sus recuerdos (1) sumido;
con tantos años de amores
ni uno cuenta de marido.

Que no hay dama en toda España
tan bella cual Violante;
ni igual la hubiera en el mundo
si ella fuese mas constante.

Bate el mar la barbacana
del alto muro almenado,
solo en su torre el vijía
no cede al sueño pesado.

Todo calla y duerme en torno,
todo es silencio y pavor:
redobla el celo en las puertas
con la ausencia del señor.

Mas, allá entrada la noche,
luz se vé en una tronera,
y en la sombra deslizarse
leve barca aventurera.

Y vuelve á verse otras noches,
ya esté en calma ó recio el mar,
la misma luz á igual hora,
la misma barca pasar.

¿Ignora esto el buen Rodrigo,
que á su señor prometió,
cumplir fiel el juramento
que entre sus manos prestó?

Ignóralo, ó no lo ignora:
mas la barquilla ligera
que al pie de la torre inmóvil
yacía allí en la ribera,

En noche triste y oscura
del mar desapareció;
qué fué de ella no se sabe,
mas si se fué, no volvió.

Y la luz del torreon
vióse á igual hora brillar...
mas la barca aventurera
no llegó á verse pasar.

De la roca el pie escarpado
recela oculto postigo
solo le saben Violante;
su esposo y el fiel Rodrigo.

Y un negro bulto en la noche
el postigo traspasaba,
y á la puerta de Violante
blando llamar se escuchaba.

—«Quién así llama á mi estancia?
—Quién llama? Oh! quién es, decid?
—Soy Bernal-francés, señora,
Al amor la puerta abrid.»

Al bajar del lecho de oro
la fina holanda rasgó
al abrir quedo la puerta,
la luz el viento apagó.

Con trémula mano asiéndole
á su aposento le guía:
—«Cuál tiemblas, amor querido,
cuál siento tu mano fria!»

Y con ósculos ardientes,
en el seno palpitante
sus yertas manos calienta
la enamorada Violante.

—«De lejos vienes?»—«De lejos.»
—«Bravo estaba el mar!»—«Tremendo.»
—«Y estas armas!»—No responde.
ella las vá desciñendo.

En pura esencia de rosas,
al tierno amante bañó,
y en su lecho regalado
á par de sí le acostó.

—«Media noche es ya pasada
sin que hácia mí te tornáres,
qué tienes, querido amante,
que me encubres tus pesares!

«Si temes de mis hermanos,
no han de venir hasta aquí;
si de mi cuñado temes,
él no es hombre para ti.

«Mis criados y vasallos
á hora tal han de dormir,
ni de nuestro amor sospechan
ni lo pueden descubrir.

«Si de mi marido temes,
á luengas tierras marchó,
allá lo detengan moros,
ningun recuerdo dejó.»

—«Yo no temo á tus criados,
juráronme sumision;
cuñado ni hermanos temo,
mi hermano y cuñados son.

«De tu marido no temo,
ni tengo por qué temer...
junto á tí en el lecho se halla
tú la que tiemble has de ser.»

Y alto el sol en el Oriente
la torre á medias doraba;
Violante mas que él, hermosa,
á la muerte caminaba.

Alba tela, áspera y dura
cubre el cuerpo delicado;
recio esparto ciñe el talle,
en grosero lazo atado.

Lloran pajes y doncellas
que el crímen piedad merece:
el mismo ofendido esposo
con tal vista se enternece.

Ya el tañir de la campana
la seña al verdugo envía...
—«Señor, merezco la muerte,
la sin ventura decia.

«De rodillas, don Ramiro,
humilde perdon os pido,
no pido la vida, no,
que la muerte he merecido.

«La afrenta que deslumbrada,
por mi desdicha os hiciera,
pido, señor, que olvideis
en mi hora postrimera.

«Mas solo yo soy culpable
del agravio que vos fiz,
no tomeis, señor, venganza
de ese mísero infeliz.»

Tal vez iba á perdonarla
compadecido el esposo;
en nuevas iras le enciende
aquel recuerdo enojoso.

Rojo el semblante de cólera
para no verla apartó,
y su izquierda mano alzada
la fatal seña trazó.

Sobre el desmayado cuello
de transparente cristal,
con golpe tremendo y súbito
cayó el terrible puñal.—

Oh! qué procesion que sale
por las puertas de la torre!
qué de gente acude á verla.
qué triste que el pueblo corre!

Teas de pálida cera,
en medio la noche oscura,
despiden luz vaga y triste,
luz que va á la sepultura.

Cubiertos con sus capuces,
rezan monges en redor;
el doblar de las campanas
hiela el alma de terror.—

Dos noches son ya pasadas,
ya no hay luz en la tronera,
mas pasando y repasando
va la barca aventurera.

Linda barca tan ligera
que en ningun mar zozobró,
el fanal que te guiaba
no luce ya, se apagó.

(1) Saudades.—Intraducible.

¡Ay! tu, nuna Violante,
tu gloria, tu encanto bello,
por tí sufrió horrible muerte.
¡Un sayon segó su cuello!

De la iglesia de San Gil
la campana oyes doblar?
ves las hachas á lo lejos?
allí la van á enterrar.—

Ya se concluyó el entierro,
ya cayó la losa fria;
en la iglesia solitaria
un caballero se via.

Vestido de negro luto,
y mas negro el corazon,
sobre la tumba de hinojos
así esclama en su afliccion:

—«Abrete, tumba sagrada,
ábrete á este desdichado,
ahí nos unirá la muerte
si en vida nos fue vedado.

«Abrete, tumba sagrada,
que escondes tal hermosura,
esconde tambien mi crímen
al par que su desventura.

«Vivir no quiero esta vida
que solo amaba por ella,
vida que sufrir no puedo
sin mi Violante bella.»—

Y allí el llanto de correr,
los sollozos de estallar,
y ciego empuñar la espada
para allí se traspasar.

Heló la mano en el puño,
voz que de tierra salia,
voz aún suave y dulce;
mas tan medrosa y tan fria,
del sepúlcro tan ahogada
que su eco estremecia,
dejando la sangre helada (1).

«Vive, vive, caballero,
vive, que yo ya viví;
el castigo de mi crímen
yo sola le merecí.

«En el fondo ay! de esta tumba
oscura mansion de horror,
solo del vivir conservo
remordimientos y... amor!

«Brazos con que te abrazaba
no tienen vigor ya en sí;
cubre tierra húmeda y dura
los ojos con que te ví.

«Boca con que te besaba
perdió su perfume aquí;
corazon con que te amaba...
ese siempre, ¡ay! vive en mí!

«Vive, vive, caballero,
vive, vive y sé dichoso;
y aprende en mi triste historia
á ser padre y ser esposo.

«Si con doncella casáres
llámala tambien Violante:
nunca su amor será el mio...
mas—que sea mas constante.»

Hijas que en ella tuvieres
críalas mejor que á mí,
que no se pierdan por hombres
cual yo me perdí por tí.

Isidoro Gil.

Lisboa 1.° de julio de 1844.

(1) La versificacion guarda este mismo órden en el romance original.

NOVELA.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN.

CAPITULO I.

De noche todos los gatos son pardos.

Tres ó cuatro veces he mojado la pluma en el tintero y la he dejado correr por el papel sin acertar á verter alguna idea que sirva de introduccion ó de preámbulo al cuento, novela, ó llámese como quiera que indudablemente voy á estampar á continuacion de estos renglones. Yo bien sé que si se me antojase podria dar principio con estas ó semejantes palabras. «Detrás de un espacioso mostrador de nogal colocado frente por frente de una puerta que conduce á las habitaciones interiores de la casa, estaba una mañana de abril el señor don Fulano de Tal, uno de los sastres mas afamados de la corte, etc.» ó mas bien de este otro modo: «Casi sumergido en una magnífica butaca entre una chimenea francesa y no sé qué otro elegante mueble, apoyada una mano en la mejilla, fijos los ojos en las pinturas al fresco que adornaban su aristocrática morada daba rienda suelta á su acalorada fantasía uno de los jóvenes mas brillantes de nuestra época y que mas llama la atencion de las hermosas en esta coronada y heróica villa de Madrid.» Y ya que cualquiera de estas dos introducciones pudiera servir á nuestro propósito, perdone por hoy el ilustre y arrogante mancebo, si damos la preferencia á la primera, es decir, á la del sastre, porque al fin y al cabo en los tiempos que alcanzamos un sastre no es una persona cualquiera.

Siguiendo pues el hilo de nuestra verídica historia diremos que estaba detrás de su prolongado mostrador el consabido personaje cortando con el mayor desembarazo un frac ó levita con arreglo al último figurin. Aunque embebido en su trabajo respondia con el mayor acierto á las preguntas que de cuando en cuando le dirigian sus oficiales. Alguno le hubiera comparado á un general en medio de su estado mayor. Era nuestro buen Fulano de Tal uno de estos hombres asustadizos y aprensivos á quienes todo les llama la atencion y que en cada palabra que oyen encuentran un misterio y mil motivos para otras tantas cavilaciones. Las diez de la mañana apuntaba la manecilla de un reloj que habia en una rinconera del taller cuando levantó la cabeza el maestro con un gesto de admiracion que dejó sorprendidos á cuantos se encontraban presentes. Prestó un momento de atencion y todos oyeron clara y distintamente estas palabras.

—Por la derecha, por la derecha.

—¡Calla! qué voces son esas? parece que dirigen á alguno desde las habitaciones interiores, pues temprano han empezado las visitas!

—¡Ah! gracias á Dios. Es Vd. el maestro? preguntó un jóven elegante que como creia el sastre salia de las piezas interiores.

—Sí señor, yo soy el maestro; pero ¿de dónde sale Vd?

—Venia á mandar hacer á Vd. algunas prendas, algunos pares de pantalones, y al salir de la alcoba de la hija de su mujer de Vd...

—¡Cómo! ¡cómo! exclamó encendido el maestro: en primer lugar, caballero, sepa Vd. que la hija de mi mujer es hija mia tambien, y en segundo lugar que mi hija no hace pantalones á nadie.

—Ya supongo, porque segun acaba de decirme su mujer de Vd...

—¡Otra! Caballero, mi mujer no puede acabar de decir á Vd. nada, porque mi mujer acaba de meterse en el baño.

—No diré que no, señor maestro; pero ese no es inconveniente: cualquiera puede hablar estando en el baño, á no ser que sumerja la cabeza en el agua.

—Tiene Vd. razon, señor discípulo; asi como cualquiera que tenga unas tijeras en las manos, puede sumergírselas y cerrárselas en el vientre á otro cualquiera que se le ponga por delante.

—No es mi ánimo ofender á Vd., maestro.

—Pues deme Vd. al momento una explicacion.

—No tengo inconveniente. Soy forastero en Madrid; entré hace poco en esta habitacion que desconozco y me he estraviado en ella.

—¿Y qué tiene que ver con eso, el que sea Vd. forastero? para estraviarse en una habitacion que se desconoce, tanto dá que sea uno de Madrid como de Marruecos.

—Efectivamente. Pues bien, entré, como digo, en esta casa y despues de haber andado buscando el taller, levanté el picaporte de una puerta á tiempo que de otra me gritaron.—Caballero, que se mete Vd. en el cuarto de mi hija.—Señora, dije á la que me hablaba desde un sitio que la ocultaba á mis ojos, ¿podrá Vd. decirme dónde está el taller del maestro?—El taller de mi marido? por la derecha, por la derecha; y me dirigí á este sitio sin mas palabras.

—Acabáramos de entendernos. Me ha tranquilizado Vd. completamente y... estoy pronto á servirle en lo que tenga á bien mandarme.

—Pues no me parece Vd. muy bien mandado, porque hace tres dias que no ceso de mandar á Vd. recados y todavia no se ha dignado Vd. pasar por casa. Como tengo que ausentarme de Madrid y necesito alguna ropa he venido en persona á mandarla hacer porque segun me dicen algunos amigos es Vd. el mejor sastre de la córte.

—Favor que la gente se empeña en hacerme; en fin tomaré á Vd. medida y mi obra dirá quien soy.

Y diciendo y haciendo empezó á tomar medidas revolviéndose á un lado y á otro con la mayor soltura y dictando á un muchacho los puntos que vestia su nuevo parroquiano. Al desabrocharse éste su chaleco de terciopelo verde para que con mas exactitud pudiese tomársele la medida del cuerpo, dejó ver un medalloncito de oro pendiente de una hermosa cadena del mismo metal. Fácil nos será conocer hasta qué punto rayaria la sorpresa del maestro al observar que encerraba el medalloncito el retrato de su mujer exactamente parecido. Cayósele la medida de las manos, se le erizaron de espanto los cabellos, y mirando con ojos encendidos á Ricardo apenas pudo articular estas palabras.

—¡Caballero, Vd. es un infame!

—¿Yo? qué dice Vd.?

—Caballero, continuó diciendo el pobre hombre procurando recobrar algun aliento, Vd. lleva en su pecho el retrato de mi mujer!

—¡Cómo! ¿el retrato de su mujer de Vd? ¡Ah! esto es imposible! imposible!

—¿Imposible? ese es el retrato de Adela.

—¿Adela? sí, ese es su nombre.

—Ese es su nombre, sí señor, ese es su nombre, y yo juro al nombre que tengo que ni ella ha de salir del baño, ni Vd. ha de bajar por la escalera.

—Repórtese Vd. ¡Ah! yo acabo de saber el paradero de la mujer que mas adoro sobre la tierra, yo soy el hombre mas feliz del mundo. Vd. participará bien pronto de mi ventura, de mis bienes, de mis riquezas, de todo, de todo.

—¡Insolente! ¡bribon! ¿qué osa Vd. proponerme? gritó el viejo asustadizo agarrando con rabia sus enormes tijeras y arrebatando del cuello á Ricardo el retrato que tanto le tenia fuera de sí.

Nuevo asombro embargó las potencias del *artista*, sea dicho con perdon de nuestros abuelos, al descubrir el retrato de su hija en la otra cara del medallon; pero penetró en su alma un rayo de esperanza con este descubrimiento. ¿Seria á su hija á quien amaba el forastero? El pobre marido necesitaba creerlo para recobrar su perdida calma.

—Caballero, dijo á Ricardo, procurando descubrir en sus ojos la verdad; sin averiguar por qué razon está el retrato de mi mujer al lado del de mi hija, quiero hacer á mi esposa la justicia de creerla inocente, y á Vd..

—Pudo Vd. sospechar, dijo Ricardo señalando el retrato de la mas jóven, que existiendo ese ángel sobre la tierra habia yo de dirigir mis ojos á otra alguna? Carolina es el objeto de mi amor, de mis padecimientos, de..

—Venga esa mano, venga un abrazo, exclamó el maestro, arrojando á un lado las tijeras.

JJ. GRANVILLE BRUGNOT.

—Le daré á Vd. un abrazo, le daré á Vd. mil; pero Carolina... Carolina no es hija de Vd.

Ni un gimnástico hubiera dado con mas ligereza el salto que dió el maestro hácia atrás al escuchar estas palabras.

—Caballero! le dijo montando en cólera, ó Vd. quiere divertirse con nosotros, y en ese caso le saldrá muy mal la cuenta, ó Vd. no dice una palabra de verdad.

Desde los primeros gritos del maestro, habíase empezado á vestir su mujer, temerosa de que la cólera del viejo diese márgen á alguno de los alborotos con que de cuando en cuando le regalaba los oidos. Salió precipitadamente de su cuarto y al verse frente á frente con Ricardo, enmudeció de sorpresa y quedó como una estátua delante del asombradizo viejo que empezó á formar castillos en el aire y á temer otra vez ver empañada la acrisolada fé de su consorte. Al mismo tiempo salió Carolina de su alcoba y se iba á dirigir como de costumbre á dar los buenos dias á padre cuando encontrándose sus ojos con los del mancebo dió un grito de sorpresa y tuvo que apoyarse en una mesa porque sus rodillas no podian sostener su tembloroso cuerpo.

—Ca' allero! ¡Señora!! ¡Señorita!!! ¿qué mogiganga es esta? Vds. me van á dar una explicacion, ó juro por el nombre que tengo.....

—Ricardo! exclamó Adela con voz apagada.

—Ricardo! balbució Carolina.

—Ricardo!!! gritó el viejo con toda la fuerza de su pulmon.

—A este caballero, dijo Adela procurando recobrar su espíritu, le conocí yo hace un año en los baños de Trillo.

—Yo papá, le conocí en el viaje que hice á Francia con la tia. Este caballero llegó á una posada el mismo dia que nosotras y buscando el cuarto que le habian señalado, levantó el picaporte del mio y retrocedió turbado al ver la equivocacion que habia padecido.

—Ya estoy, señoritas, ya estoy, dijo el maestro con ironía y procurando dominarse á sí mismo: como Vd., señora, le conoció en los baños, ha elegido este caballero para visitar á Vd. el momento en que estaba Vd. en el baño. Y á Vd., señorita, venia á hacerle la visita de cumplido introduciéndose tambien por equivocacion en su cuarto á las ocho de la mañana. ¡Voto vá! ¡voto vá!

—Pero Roque, continuó su mujer ¿qué ves de malo en la cosa mas casual del mundo?

—Señora ¿es tambien casualidad el que el señor lleve en su pecho el retrato de Vd. y el de su hija? y el que enmudezcan Vds. en su presencia, y el que diga el señor á boca llena que su hija de Vd. no es hija mia? Señora, señora! Vd. me va á dar estrecha cuenta de cuanto aquí ha sucedido, ó prepárese Vd. á... pero no; caballero, Vd. no saldrá de aquí sin que me explique la causa de estos enredos. Venga Vd. conmigo, pase Vd. á mi cuarto, y Vds., señoras, recibirán hoy mismo el castigo que merecen.

Y agarrando del brazo á Ricardo, lo llevó por delante y se encerró con él en un cuartito amueblado con bastante elegancia.

—Con que quiere Vd. que se lo cuente todo? dijo Ricardo.

—Sí, señor, quiero que me lo cuente Vd. todo.

—Nada tengo que ocultar de cuanto me ha sucedido con Carolina; mucho menos habiéndola encontrado. ¡Ah! bien pronto me he de llamar su esposo.

—Eso será lo que sea, caballerito.

—Bien; escúcheme Vd. y luego resuelva Vd. lo que mejor le parezca. Una noche, hace cerca de dos años, llegué en la diligencia á una venta, en donde tambien habia parado otra diligencia que llevaba opuesta direccion á la nuestra. Salté del carruaje, tomé las señas de un cuarto, y sin aguardar á cenar ni á cosa alguna, resolví buscar en el sueño el descanso que tanto necesitaba. Levanté el picaporte de una puerta que creí ser la del cuarto que me habian destinado, y al dar un paso hácia adentro quedé admirado al encontrarme con una señorita que llena de rubor me manifestó la equivocacion que yo habia padecido. Apenas acerté á hacer una cortesía: retrocedí turbado sin apartar mis ojos de los de la hermosa niña, y cerré su puerta quedándome á la parte de afuera haciendo mil conjeturas de lo que podria inferir de un hombre que faltaba de aquel modo á la cortesanía que prescribe la buena educacion. Yo, me decia á mí mismo, debí suplicar que me perdonase, que... pero con qué expresion me miró... ¡Ah! debo entrar á enmendar esta falta: ¿y por qué no? En los viajes reina una franqueza que casi me autoriza... y levantando de nuevo el picaporte me volví á encontrar frente á frente con aquella criatura encantadora.

—¡Caballero! exclamó entre enojada y confusa; ¡caballero!

—¡Señorita! la respondí mas turbado que ella; antes salí de aquí sin pedir á Vd. perdon de...

—Yo suplico á Vd. que se retire.

—Y yo... y sin poder articular una palabra volví á cerrar su cuarto y volvíme á encontrar á la parte de afuera mas pesaroso que antes y mas prendado de las gracias que tan á manos llenas habia derramado la naturaleza en su rostro angelical. En la venta no habia mas personas que las que habian llegado en las diligencias. Mi hermosa desconocida debia alejarse de mí aquella misma noche. ¡Ya no la volveria á ver mas! Atormentado por esta idea, entraba y salia en mi cuarto sin encontrar un medio que me proporcionase algun consuelo. De repente me ocurre una idea. ¿Habrá algun asiento vacante en el coche que ella viaja? A los dos minutos ya tenia en mi poder un billete de la berlina, y para completar mi ventura, habia averiguado que los otros dos asientos de ella los ocupaban dos señoras, únicas personas de este sexo entre todos los viajeros. Hice trasladar mi equipaje de un coche á otro. Temblaba de alegría, y esperaba lleno de un vago temor, el instante de verla, de sentarme á su lado, de escuchar los dulces acentos de su boca. Las tres de la mañana apuntaba mi reloj cuando empezamos á subir en el coche. Presentáronse las dos señoras tapadas hasta los ojos. Aceptaron la mano que las ofrecí para subir, y subí yo y me senté á la izquierda de las dos, sin que ninguno de los tres hubiese articulado una palabra. A los débiles reflejos de un farol que acercaron á la portezuela, descubrí las hermosas facciones de la que tenia á mi lado y...

¡era ella! Rodó el coche á pocos instantes, y aquel incómodo traqueteo que tanto habia maldecido en los dias de mi anterior viaje, me parecia en aquella ocasion un dulce vaiven impelido por la mano de algun ángel. Pasé cerca de una hora en tan agradable posicion. Mi bella desconocida se movia de cuando en cuando para variar de postura en cuanto lo permitia la estrechez del sitio. Una de estas veces sentí caer su mano sobre la mia. Estremecíme de pié á cabeza. Fuí á separar mi mano y aun á recogerme hácia la pared, presumiendo que podria molestarla, cuando un leve aliento me hizo ver que estaba profundamente dormida. ¿Cómo resistir á aquella tentacion? Yo tenía su mano sobre la mia: pues bien; agarré su mano y la apreté.

—¡Caballero! exclamó el buen padre sin poderse contener.

—Ya le he dicho á Vd. que Carolina ha de ser mi esposa. Carolina me ama: yo la adoro. Si quiere Vd. saber nuestra historia me ha de prometer no desplegar los labios. Pues, como decia, despertó Carolina al sentirse apretar con tanta fuerza, y sin embargo no retiró su mano. Aquello era autorizar mi atrevimiento. Volví á insinuarme con otro apreton, y ella me respondió con otro. Casi dudaba lo que me estaba sucediendo. Se iban ya manifestando los albores de la mañana, y anhelando admirar su hermoso semblante, la lancé una mirada de fuego, y me quedé como la nieve al contemplar las facciones de otra mujer.

—¡Ah! maldita cotorrona, exclamó el maestro: ¡mi hermana habia de ser!

M. J. Diana.

(*Continuará.*)

LITERATURA PORTUGUESA.

Gran satisfaccion tenemos al estampar de nuevo en nuestro periódico los nombres de los apreciables señores Augusto de Cueto, y Gil, primitivos colaboradores de *El Laberinto*, y el asunto sobre que han dejado correr su pluma en esta ocasion nos es doblemente grato, pues desde que publicamos la biografía del autor de *las Luisiadas*, siempre tuvimos intencion de entrar alguna vez mas de lleno en la literatura del vecino reino portugués. El claro talento del señor Cueto, y la circunstancia del destino que le entretiene hoy dia en Lisboa, son garantías de consideracion que recomiendan sobradamente el siguiente artículo. En cuanto á la traduccion que ha hecho nuestro buen amigo Gil de una de las mejores leyendas populares de Garret, estamos de acuerdo con lo que dice el señor Cueto al terminar su artículo. Nosotros, que hace tiempo conocíamos el original de esa leyenda, la encontramos traducida con mucho tino, y perfectamente conservada la naturalidad del lenguaje. Creemos que no será esta la última vez que nuestros jóvenes diplomáticos dediquen un momento á sus antiguas tareas desde la córte de Lisboa.

A un tiempo pesar y sorpresa causa el ver que dos naciones como la España y el Portugal, hermanas de orígen, de clima, de instituciones, de costumbres y aun casi de lengua, y enlazadas por la Providencia con los eslabones eternos de su posicion geográfica, siendo partes ambas de un territorio casi aislado, vivan con una vida tan independiente una de otra, sin comunicarse apenas sus productos ni su influjo, y, lo que es mas extraño, sin darse participacion alguna de la llama vivificadora y pacífica de sus luces y de su cultura.

Increible parece que los gobiernos peninsulares, inducidos siglos há por rancias preocupaciones á una política suspicaz y recelosa, hayan logrado hasta tal punto neutralizar las condiciones de union que la naturaleza misma puso entre estos dos pueblos.

Este funesto apartamiento no solo ha impedido que prestándose recíproco auxilio conservasen la España y el Portugal en el arreglo de sus negocios interiores una dependencia absoluta de otras naciones, sino que ha puesto estorbos así al comercio de intereses positivos, como al comercio de las ideas, el único que puede atenuar desde luego y disipar al cabo ese vulgar desvío que por desgracia suele ser tan comun entre las naciones vecinas.

Ni siquiera el inocente estudio de sus respectivas literaturas, que por su carácter civilizador podria servir como de vínculo intelectual entre los dos pueblos, consiente el total olvido en que viven el uno del otro. En Madrid, á donde llegan tan rápidamente tanto las bellas producciones cuanto los desvarios literarios de nuestros vecinos del Norte ¿quién tiene noticia de las poesías del señor A. Garret, de las *Excavações poéticas* del señor Castilho, ó de las investigaciones históricas del señor Herculano? (1) La misma creacion sublime del Camoëns ó las inspiraciones dramáticas de Antonio Ferreira no son en España conocidas sino de un corto número de iniciados. Y en Lisboa, donde es algo menor la indiferencia, jamás suena uno de esos nombres brillantes en las letras graves ó amenas, honra en nuestro suelo de la generacion presente, como no sea pronunciado por un labio español, ó llevado por el viento agitador de la política.

Ya es tiempo sin embargo de que cese ese voluntario entredicho, y acaso lleguen á conseguirlo en plazo no lejano la ilustracion de los gobiernos y la tendencia irresistible que induce á los pueblos de la moderna Europa á cultivar sus relaciones de todo linaje.

Contribuyamos nosotros á ello en algun modo, dando á conocer en nuestro país una siquiera de tantas brillantes muestras como pudieran presentarse del genio poético de la nacion portuguesa, y no de ese genio que toma en el gabinete del literato las formas artificiosas de las reglas y de los sistemas, sino de aquel genio espontáneo, instintivo, que busca siempre la expresion mas adecuada á las costumbres, á los sentimientos y al modo de existir de cada pueblo.

Al despertar la Europa del letargo de la edad media, Portugal tuvo, como otras naciones, su poesía primitiva, ruda, pero eminentemente nacional, falta de atavíos y escasa de cadencia armónica, pero vigorosa y caballeresca á las veces, siempre con el sello de ingenuidad que caracteriza la insulsa literatura de aquellos apartados tiempos.

Si esta literatura, genuina y natural, es la palabra escrita de los pueblos, y si, como no puede dudarse, su elevacion y su fuerza estan en proporcion del grado de actividad y energía empleada por una nacion en sus empresas políticas ó religiosas, grande debió ser ciertamente el brillo de esos destellos de poesía popular, que nacidos en medio de los vaivenes del espíritu aventurero, tomaron luego, á par de la dominacion portuguesa en la India, cuerpo y desarrollo, formando al cabo la verdadera era de gloria literaria que alcanzó mas adelante el Portugal.

En medio de la poesía provenzal que presentándose alternativamente un tanto satírica ó cortesana, dominó en Portugal como en todo el Mediodía con el ascendiente poderoso de su mayor cultura, el arrojo de aquellas inmortales empresas, la fiebre de la dominacion y de los descubrimientos, escitada de contínuo por tan maravillosos triunfos, y hasta los combates de pasion y las catástrofes novelescas á que daba lugar la singular dureza de aquellas costumbres, prestaron impulso á la imaginacion y dieron vida á esas narraciones dramáticas de fuerte temple, si de expresion sencilla, en que estan consignados los recuerdos de gloria, las preocupaciones, los afectos, los crímenes, la vida en fin con que vivian aquellas generaciones tan distantes de nosotros, así en tiempo como en hábitos y creencias.

Despues, pasado el brillante período de don Manuel, muerto don Juan III, y no volviendo ya á encontrar Portugal aquellos príncipes de elevado espíritu y corazon magnánimo, que habian levantado á tan gloriosa altura el aliento de los portugueses, la literatura perdió su carácter propio, y de original y espontánea tornóse en lánguida é imitadora. Primero sirvieron en gran parte de modelo los escritores de Italia y de Castilla. Mas adelante, restringido el gusto á menores límites, los griegos y los romanos fueron el solo y esclusivo tipo de la perfeccion literaria. A trueque de pulir un poco las formas, perdieron las letras su espontaneidad y su vigor, haciéndose flexibles y escolásticas. Las controversias, la afectada crítica de los claustros sustituyeron á los cantos del pueblo. Tambien entonces fueron los escritores representantes de aquel estado social decadente.

En el siglo XVII los poetas portugueses, sin inspiracion propia, dominados por las letras españolas, y hasta dedicados muchos de ellos á escribir en castellano, pocas producciones de buena ley pudo ofrecer la literatura portuguesa, hasta que en el siglo siguiente cayó, á semejanza de la nuestra, en un completo abismo.

Funesta fué la primera mitad del siglo XVIII para las letras peninsulares; dominaron en la estructura de las obras poéticas los *acrósticos*, los *laberintos* y otros pueriles juegos mecánicos, indignos del arte; y la escuela del *retruécano*, del *concepto* y del *equívoco* ahogó la expresion de los afectos, de los sentimientos y de las ideas. En el resto del siglo, á pesar del aliento que al parecer cobraron las letras en el reinado de don José, y á pesar de la florida expresion que adorna los escritos del poeta Garçâo y de algunos otros, las creaciones no subieron á muy alta esfera. Advirtióse ciertamente el movimiento de imaginacion tan natural en una época en que la fermentacion moral que desde Francia filtraba en las demas naciones, anunciaba ya á la Europa una existencia nueva. Pero el gusto no pudo dar en verdad grandes pasos en un momento en que se disputaba sériamente todavía sobre si el sueño del canto IV de las *Lusiadas*, en que aparecen al rey don Manuel los rios Indo y Ganges, tuvo lugar al anochecer ó de madrugada (1).

En este siglo, completamente decaidas las antiguas glorias del Portugal, cuando, segun la expresion del elegante poeta Riveiro dos Santos

So per suas ruinas lhe medimos
a passada grandeza,

entre varios escritores de mas ó menos ingenio, y de gusto mas ó menos convencional, han brillado con razon el ardiente y estragado poeta Bocage, el culto Francisco Manoel, celebrado en los versos de Lamartine, y el festivo Nicolau Tolentino.

En los últimos tiempos, cuando con exageracion reaccionaria trastornó la Europa los sistemas antiguos, poniendo en duda, en religion, en ciencias y en artes todos los principios, y derrocando muchos de ellos, cuando el gusto de la ojiva reemplazó al del arco romano, cuando cansados los artistas del geométrico fronton, conocieron cuánta poesía encierran tambien los atrevidos botareles y elegantes calados de las góticas catedrales, la España tuvo muchos intérpretes de aquel innovador espíritu: el Portugal solo tuvo uno; pero acaso anterior á aquellos, el señor Almeida-Garret.

Lanzado por desgracia en el torbellino de la política, pero de claro ingenio, de erudicion nada vulgar, dotado de razon firme y analizadora, y aleccionado en su agitada vida con el trato y el estudio de muchos hombres insignes y extranjeros, el señor Garret es á un tiempo crítico y poeta, y acaso mas crítico que poeta.

El fué quien á la vuelta de su emigracion hizo al Portugal la revelacion del gusto nuevo, y la carta que en 1828 publicó en Londres como prefacio de su *Adozinda*, llena de excelentes doctrinas, y que tanto contribuyó lanzar á nuestro duque de Rivas en el rumbo de las nuevas ideas de emancipacion literaria, prueba que su juicio recto y templado comprendió desde luego que la reforma no se encaminaba á trocar nuevos por antiguos errores, sino á asentar el principio de independencia y tolerancia como primer dogma de las artes.

Claro es que el señor Garret dió ante todo á la poesía tradicional de las brillantes épocas de su historia patria una importancia que debia formar notable contraste con el olvido, ó por mejor decir, desprecio en que antes se hallaban.

«Leyendo, dice, las novelas poéticas de W. Scott, las balatas alemanas de Büsger, y las inglesas de Burg, comencé á pensar que nuestras rudas y antiquísimas rapsodias contienen un fondo de excelente y lindísima poesía nacional, que podia y debia ser aprovechada.»

Halló en efecto, despues de penosas indagaciones, y restauró con suma felicidad algunas leyendas populares, entre las cuales descuella en nuestro sentir la que presentamos como muestra, traducida hábil-

---

(1) El señor Alejandro Herculano acaba de publicar una novela histórico-filosófica titulada *Eurico ó Presbytero*, en la cual es de admirar el estudio inteligente y severo que el autor ha hecho de las costumbres españolas en la época oscura de la invasion de los árabes.

(1) Los enemigos de Camoëns sostenian que el poeta ponia el sueño al anochecer, faltando así á las buenas reglas que segun ellos requerian, que los sueños destinados al anuncio de felicidades se verificasen al alba.

mente por el señor don Isidoro Gil, que ha sabido conservar en la version ese carácter de ingénua melancolía, ese decir sencillo y sin trabas que constituyen el principal carácter de la poesía *natural*.

Estamos persuadidos de que los lectores de *El Laberinto* nos agradecerán que les hagamos conocer esa interesante página de poesía primitiva, expresion genuina de un pueblo ardiente y apasionado, y como dice ingeniosamente el mismo señor Garret, *de una gente que tomava ao serio as coisas da vida*.

Leopoldo Augusto de Cueto.

INSPIRACION.

A mi amigo el Sr. D. Gregorio Romero y Larrañaga.

Dijo el incendio á la tormenta un dia:
Sígueme por do quiera;
Yo iré soltando en la extension vacia
Mi roja cabellera.

Tiemble ese mundo: en mis robustos hombros
Se asentará el infierno;
Tiemble el Olimpo: ascenderé entre asombros
Al trono del Eterno!

Será mi manto su brillante alfombra,
Su asiento mi ancha llama
Y su dosel mi pabellon de sombra,
Que el viento desparrama.

Abarcaré el empíreo, omnipotente,
Con mis tremendos brazos;
Escalaré el alcázar resplendente,
Su cumbre haré pedazos.

Llamaré al aquilon; sobre sus alas
Paseando el firmamento;
Del áureo campo las inmensas salas
Inundaré violento.

Y á la sangrienta luz de cien volcanes
Me agitaré bramando!...
El rayo irá ante mí; los huracanes
Retumbarán soplando.

Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube,
Que al Septentrion ondea,
Vea al infierno que explendente sube
Y sus falanges vea?

Qué hará ese Dios cuando con planta osada,
Ante el férreo palacio,
Huelle yo el orbe y la mansion sagrada
Bullendo en el espacio?

Qué hará ese Dios cuando del alta esfera
Se lance el sol hirviendo,
Y ardan con él, en su valiente hoguera,
Cielo y mundo cayendo?

Qué otra creacion á mi avidez ferviente
Le ocultará escondido?
No podré alzarme y quebrantar su frente
Con hórrido estampido?

Hijo del negro báratro, mi encono
Lúgubre al mundo aterra;
¡Voy á triunfar!—En mi llameante trono
Vendré sobre la tierra.

¡Voy á surcar relampagueando el viento!
¡Voy á incendiar los mares!
¡Voy á sorber al grande firmamento
Sus *pobres* luminares!

Dó tiende el mundo la cobarde planta,
En su mortal desmayo,
A la chispeante luz con que abrillanta
Mi torva frente el rayo?

Vá á buscar á su Dios?—El torbellino
Su vuelta espalda azota.
¡Ay! que la hambrienta nube del destino
Ante sus ojos flota!

—

Oyólo Dios, y sosegando el vuelo
Sobre el radiante coro,
En voz solemne apostrofando al cielo
Sonó la trompa de oro.

Junto el celeste bando en las alturas,
Tronó el sagrado acento
Y entre las sombras de Occidente impuras,
Rodando alzóse el viento.

—

Quién eres tú que en colosal zumbido,
Rugiendo, te levantas
Y, cual torrente inmenso, embravecido
Te estrellas á mis plantas?

A dónde vás con tu murmullo eterno,
Con tu gigante espanto?
Trás tu sombra tenaz, cruzó el infierno
Y se arropó en tu manto.

Qué ignoto abismo te abortó en sus iras
Hoy que tremendo estallas?
Quién eres tú, que traspasando giras
Obstáculos y vallas?

Mares de luz circundan tu cabeza
Con fuego destellante;
Para apagar tu indómita braveza
Un soplo me es bastante.

Qué importa que en ardiente llamarada
La inmensidad ahondando,
Hasta el dintel de la inmortal morada
Te estiendas rebramando?

Qué importa que, trepando al firmamento,
Blandas la roja tea?
No soy yo tu señor?—Tu amarillento
Rayo mi sien clarea.

Sube, incendio voraz!—Yo te contemplo.
Llega á mí en tu victoria!
Un paso mas!—Te colgaré en mi templo,
Y alumbrarás mi gloria.

Amarrado á mi trono, eternamente
Serás de ella testigo.
Yo te unciré á mi carro prepotente,
Te arrastraré conmigo.

¡Oh soberbio vasallo! quién te irrita?
Quién mueve así tu planta?
Qué asolador espíritu te agita
Y hasta mí te levanta?

Vas á abrasar un mundo en tu carrera?
¡Yo guardo al hombre inerme!
Un sol de paz inmenso reverbera
Y la tormenta duerme.

¡Tambien el hombre es rey! Yo le he sentado
Sobre un trono de flores;
¡Para él brilla esa luz! Yo he coronado
Su sien con sus albores.

Tu bajarás sobre su frente un dia
De Dios con la venganza;
Irás hollando su cabeza impía
Del viento á la pujanza.

Te daré mi caballo de pelea,
Mi lanza y mis enojos!
¡Oh, y cómo vá á temblar cuando en tí vea
La lumbre de mis ojos!

Yo arrastraré á tu espalda resonando
Mi fúlgida carroza,
Entre la ardiente nube resbalando
Que alba mi rostro emboza.

¡Ambos asentaremos sobre escombros
La planta turbulenta!
Iremos por do quier sembrando asombros
Al son de la tormenta.

Mas yo llamaré al hombre en mi justicia
Desde mi asiento eterno;
Lanzaré al orco la mortal malicia,
Sujetaré al infierno.

Bajo mi rico pabellon glorioso
El justo habrá morada;
Arrullará su cándido reposo
La brisa perfumada.

Lleno de etérea pompa y hermosura
Brotará inmenso un dia,
Y poblarán los vientos de dulzura
Torrentes de armonía.

Francisco Cea.

RECUERDOS DE VIAJE.

—

Artículo I.

Una noche en el canal Imperial.

Por fin dieron las cinco de la tarde del sábado quince de julio: esta era la hora que se nos habia señalado para embutirnos en un pesado cajon, injustamente llamado coche, y llevarnos desde la casa dicha *de la Infanta* en Zaragoza, á la denominada *Casa-Blanca*, donde debíamos embarcarnos y seguir por el canal con direccion á Tudela. Despues de esperar un largo rato vimos, no sin una verdadera satisfaccion, uncidos á la soberbia carroza dos magníficos rocines (á quienes cuadraba de medio á medio el altisonante apóstrofe del poeta:

«Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento, etc...)

y un instante despues cruzamos el tan celebrado *Coso*, y salimos de la ciudad por la no menos célebre puerta de *Santa Engracia*.

El cielo estaba despejado y el sol brillaba aun con bastante fuerza, vertiendo una lluvia de oro a través de los árboles que adornan el precioso camino de la Casa-Blanca. Todo reia en aquellos fértiles campos que rodean la antigua ciudad de Augusto y solo el aire que, rompiendo los senos cubiertos de nieve del venerable Moncayo cual hálito que exhala esta gran mole de sus ventisqueros, azota constantemente á Zaragoza, era el que sacudia violentamente las elevadas copas de los árboles mas centenarios. Bien pronto (gracias á la velocidad de los *hijos de Eolo* que nos conducian) llegamos á la orilla del canal, y desenfardados del estravagante catafalco con honores de carruaje, pudimos gozar del risueño y encantador espectáculo que á nuestros ojos se desplegaba.—El sol, ya medio oculto en pabellones de rojas nubes, iba á sepultarse en Occidente para iluminar otros mundos; y el aire, como temeroso de interrumpir la calma solemne de la naturaleza en las horas del crepúsculo, habia cedido un tanto y soplaba con mas benignidad y dulzura: no era ya el azote de los árboles gigantescos que á lo largo de la ribera en uno y otro lado se extienden, era el galan que se arroba en los brazos de su amada, vertiendo á sus pies flores y perlas para aumentar sus encantos; pues á cada ondulacion de aquellas esbeltas espadañas de un verde puro, coloridas por los rayos del sol poniente, parecia que brotaban de ellas relampagueando magníficas esmeraldas, y que saltaban para confundirse en los leves surcos de la rizada superficie de tan pacíficas ondas.

Deseoso desde mi llegada á Zaragoza de ver las *esclusas* del canal, de las cuales me habian hecho incesantemente grandes encomios, me dirigí al instante al sitio adonde se encuentran para satisfacer mi deseo; y no fué sino muy agradable la impresion que recibí al ver como quedaba cortado el canal á grande altura por una soberbia compuerta, y á muy pocas varas de distancia corria tranquilamente por un terreno mucho mas hondo. Pero lo que mas me agradó fué la lindísima cascada que forman las aguas con que se surte el molino que hay á la izquierda, las cuales bajan rápidamente á confundirse otra vez con las del cauce en donde poco antes han estado. Como el sol iba ya escondiéndose en el ocaso, y por consiguiente la luz de sus rayos era muy tibia, apenas doraba la blanca espuma que salia de las agitadas ruedas, casi al mismo nivel del camino; y esta tinta débil que le prestaba, hacia que fuesen aun mayores los encantos de aquel raudal de plata y gasa que formaba una hermosa lluvia de

piedras preciosas mezcladas con un menudísimo polvo de nieve. Por fin llegó la suspirada hora de dar principio al viaje. Vanamente me habia saboreado, sin fundamento á la verdad, con la esperanza de que iríamos pocas personas en la embarcacion (que consiste en una cámara larga y estrecha con ventanas en ambos lados y un asiento corrido á su alrededor) y por consiguiente todo lo mas cómodas que posible fuese; pero mi mala ventura destruyó con un soplo el castillo levantado en mi fantasía, cuando ví ¡pecador de mí! que debíamos acomodarnos en aquella reducidísima estancia cerca de setenta pasajeros. Al mirar un concurso tan numeroso no pude menos de loar los principios humanitarios del que dirige ó gobierna tan breve navegacion; pues á decir verdad el ir encerradas tantas personas en un tan pequeño espacio sin respiradero alguno, (gracias al viento que desde la salida de la luna soplaba con violencia impidiendo que permaneciesen abiertas las ventanas) era el medio mas á propósito para que todas disfrutasen los beneficios de un larguísimo baño de vapor cuya apología dejo á la consideracion de algun hijo de Galeno.

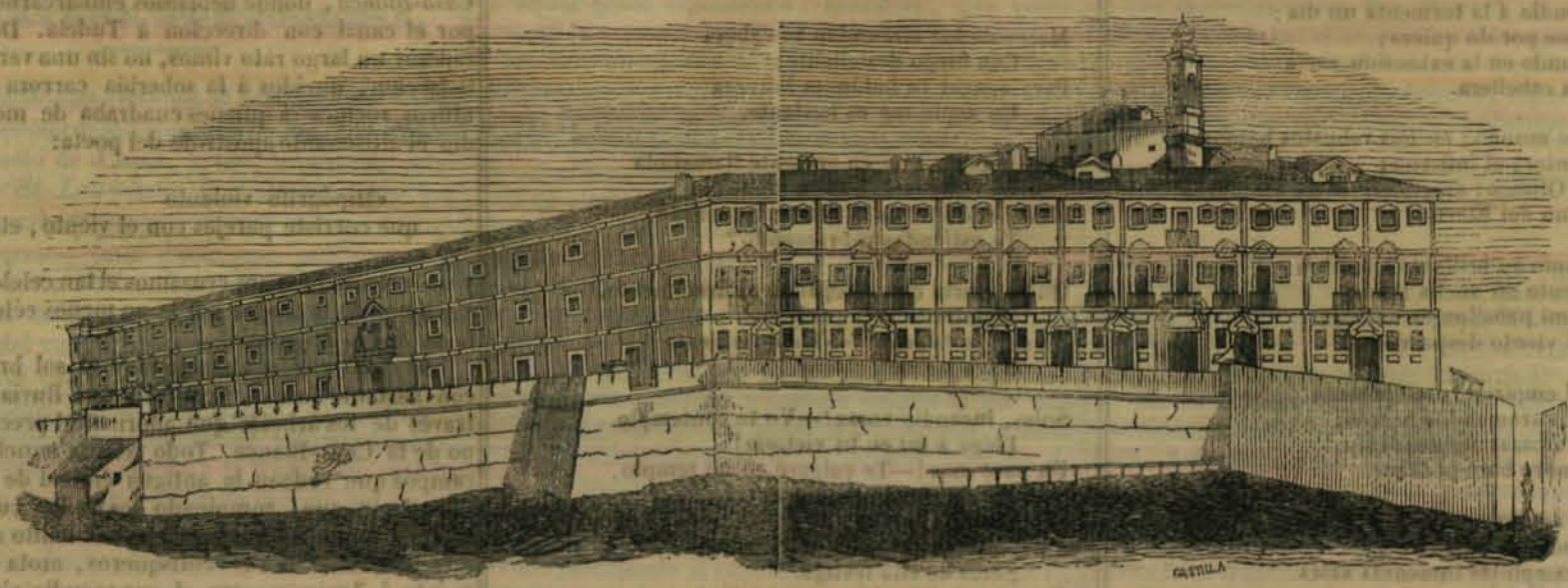
De este modo seguía el barco su rápida carrera tirado de cuatro caballos dignos de figurar entre los

Zaragoza.

mas virtuosos por su mansedumbre, los cuales corrian á lo largo de la orilla, animados por el látigo de un robusto zagal que lo sacudia bien amenudo sobre su lomo:

«Cual si en el Circo Olímpico anhelára
el premio conseguir de la carrera»,

y yo entretanto dirigia miradas investigadoras á los grupos que me rodeaban compuestos de las mas heterogéneas materias que se puede nadie imaginar. Poco á poco fueron arreglándose, unos mas, otros menos cómodamente todos los pasajeros, y los pocos jóvenes que allí íbamos, formamos un grupo hácia el centro de la cámara. Por fortuna se sentó en un banco que pusieron junto al sitio donde yo me hallaba una jóven cantatriz italiana; y no era pequeño mi deseo de entablar conversacion con ella, cuando entró el patron del barco con una vela encendida que colocó sobre la mesa, pidiendo los billetes y preguntando quiénes querian cenar en la redonda. Pocos fueron los que se arriesgaron á saborear los esquisitos manjares que ofrecia el mal



Aljaferia de Zaragoza.

aspecto de la cocina, y por esta vez quedó sin duda defraudado el cálculo del despensero: pero era necesario servir con prontitud á los que se habian decidido por el banquete y por lo mismo empezó á aderezar los platos de que podia disponer. Como la cocina estaba contigua á la puerta del salon en que nos hallábamos y como el gas que despedía el carbon inflamado en las hornillas entraba todo en la cámara, fastidiándonos con su sofocante mal olor, dijo la jóven cantatriz sacando su pañuelo bañado en olorosa colonia:

—*Che cattivo odore*, *Madonna*! (Virgen santa qué mal olor).

—*Sí*, *troppo cattivo* contesté yo, deseoso de en-

Puerta nueva de Santa Engracia.

tablar una plática con aquella señorita, á fin de hacer la travesía menos pesada.

Al oir esto la jóven se volvió hácia mí y me preguntó con la dulzura propia de las italianas.

—*Cabaliero ¿sapete voi l' italiano?*

—*Non lo so bene*, repuse yo, *pero, á dir vero, è l'idioma che mi piace piu, dopo il mio armonioso spagnuolo.*

Io sento che voi parlate benissimo, me contestó.

Díle las gracias por su cortesía, y seguimos hablando aun un buen rato siendo el objeto de nuestra conversacion la Italia, ese pais romántico cuya historia es el ensueño de una fantasía acalorada, en el que brota por todas partes la inspiracion, y al cual solo iguala en Europa (ya por haber sido tambien teatro de grandes acontecimientos, cuanto por su extremada feracidad y su atmósfera de diamante) la arabesca Andalucía, con sus alcázares morunos, sus catedrales góticas, sus mezquitas y templos greco-romanos, el aspecto imponente de sus montañas cubiertas de eterna verdura, y sus frondosísimos valles, verdadero paraiso cuyos encantos no es dado trasladar á ningun humano pincel.

Ya el barco se habia detenido varias veces para dejar unos pasajeros y tomar otros en algunos pequeños pueblecitos de la ribera, cuando oí unas voces que me llamaban para que viese las magníficas obras del Jalon que tanto honor hacen al sábio ingeniero Pignatelli que las dirigiera. Salí pues precipitadamente de la cámara y ví un espectáculo sublime y encantador. La noche estaba clarísima; la luna brillaba en medio del firmamento sin que la mas ligera nube eclipsase su belleza y las estrellas fulguraban como perlas copiosamente multiplicadas por el leve movimiento de las ondas que las servian de espejo. Al contemplar aquel astro misterioso, verdadero amigo de los que sufren desvelados, segun el célebre Biron (*Sun of the sleeples*), sentí dilatarse el alma, y que el suave perfume de una dulcísima melancolía, impregnado de mil recuerdos seductores, venia en aquel instante á embellecer mi existencia. Entonces no pude menos de pensar en otras horas mas plácidas y halagüeñas, y, al recordarlas, sentí enternecido mi corazon y abrumada mi mente por la multitud de pensamientos que se agolparon en ella á la vez.

Sin duda existe entre los infinitos misterios de la naturaleza, alguna secreta via desconocida de

todos por la que las almas de un temple delicado se comunican, aun cuando las separe una gran distancia, en esas horas en que, en medio de la noche y la soledad, se entregan á la contemplacion. Entonces se despierta un raudal de recuerdos deliciosos, y con los perspicaces ojos del alma vemos pasar por la mente aquellos momentos felices que hemos gozado en la dulce compañía de las personas que nos son caras. Entonces se ensancha nuestro corazon, queriendo traspasar rápidamente el espacio que nos aleja de ellas, y sintiéndose encarcelado se juzga un impotente peregrino vagando en los desiertos arenales de la vida sin ningun apoyo. Entonces se deshace en prolongados suspiros cuya invisible esencia es toda una historia de goces ó de padeceres; y ¡cuán dichoso es el mortal que en semejantes momentos siente inundado su rostro por las lágrimas! las lágrimas! ese rocío consolador que refresca las hondas llagas abiertas por los dolores en nuestro pecho para emponzoñarnos la existencia!...

Las obras del Jalon son uno de esos grandes esfuerzos en que el hombre intenta cambiar la faz de la naturaleza y lo consigue: son una inmensa y prolongada montaña de piedras arrancadas al sitio donde las arrojó la mano del Supremo artífice y colocadas simétricamente por las débiles hormigas para formar un puente de colosales proporciones con el cual puedan correr sin chocarse ni ofenderse dos grandes vías fluviales, el canal por el hermoso conducto de mampostería que tiene cerca de un cuarto de legua de longitud, y el bullicioso y despeñado Jalon por el fondo umbrío de los barrancos, cobijado á su vez por la gran clave del arco de la ponderosa puente. Qué espectáculo tan magnífico era aquel, visto al resplandor de la soñolienta luna cuya dudosa luz rielaba en la murmuradora corriente del rio, que parecia un hilo de plata en el fondo de los precipicios! ¡Qué misteriosa armonía la de la creacion donde á cada paso se reproducen nuevos objetos que nos encantan y absorben nuestros sentidos!... A pesar de la enorme distancia que existe entre la pobre cámara flotante que me conducia tirada por caballos desde la ribera y los magníficos barcos de vapor que adornan los preciosos muelles de la opulenta Sevilla en las márgenes sagradas del Betis,

...«á quien ofrece el apartado polo,
» hasta donde *su* nombre se dilata,
» preciosos dones de luciente plata
» que envidia el rico Tajo y el Pactolo,»

no pude menos de recordar en aquel instante la poética tierra que me vió nacer, y repetir estos pobres versos que le habia dedicado dos años antes:

Sevilla!... Paraiso de dichas y de amores,
de eterna primavera magnífico vergel,
pues solo tus recuerdos disipan mis dolores
dame pisar tu suelo, dame morir en él!

El recuerdo de la Andalucía donde tantos dichosos momentos he disfrutado; el de aquellas personas cuya sinceridad y cariño ha hecho que mi corazon les dé el dulce nombre de *hermano* por ser muy poco el de *amigo*, prostituido tan torpemente en la sociedad actual; las cortísimas relaciones y los pocos lazos que me unian á Zaragoza; todo esto puesto en relieve por la melancolía que inspira el silencio de la noche, hacia que mi corazon oprimido apenas me dejase respirar libremente. Quitéme entonces la gorra y sentí que el rocío de la noche humedecia mis sienes enardecidas, al tiempo mismo que el aire agitaba desordenadamente mis cabellos. Aquella grata frescura templó algun tanto el volcánico ardor de los pensamientos que se atropellaban en mi mente; y como la violencia del aire, humedecido en las aguas del canal, podia sernos muy nociva, decidímonos con sentimiento á abandonar aquel hermoso espectáculo, para volver á la malhadada ó mal-andada cámara, pobre y sofocante teatro de bien ridículas escenas.

Al entrar en ella vimos uno de esos caprichos y grotescos cuadros que tanta gloria han dado á Van-Ostade y David Theniers, embellecido con los encantos de una realidad, en mal hora demasiado cierta. Una rolliza y hombruna Maritornes de las montañas aragonesas, con dos *crios* colgados á entrambos pechos, apenas permitia la entrada orondamente tendida sobre el blando lecho de tablas, dejando ver, gracias á su arremangado zagalejo, una pierna tan atrozmente robusta que hubiera podido servir de base á las pirámides de Egipto. A su lado habia otros dos chiquillos retozones tendidos, mas para diablear

Aragoneses.

que para dormir, en el mismo lecho de la moza, y los demas pasajeros, unos sentados, otros medio caidos de los asientos, y cada cual procurando, aunque inútilmente, gozar las delicias de un sueño que los habia cubierto con sus alas. Este cuadro estaba alumbrado débilmente por una bujía (tan empedrada de chorreones como mano de monaguillo en dia del Corpus) cuya luz mas que el aliento de un ánjel parecia el fuego fátuo de un cementerio; pues tal era de opaca que ponia grima y compuncion en el ánima mas bailadora. Acomodámonos como pudimos, no bien gozada la perspectiva que ofrecia el interior de la cámara, y ya el caballero Morfeo empezaba á ejercer su influjo sobre nosotros cuando, por nuestra mala ventura, se descolgó del departamento de la popa (adonde se hallan las lujosas oficinas que encierran el delicado mostagan de lo barato) un bigotudo señor que así Dios me salve como no cabia en el pellejo á fuerza de libaciones hechas á otro bien rehenchido de cariñena; y es de notar que mientras habia ido llenando de vino su barriga, se habian ido vaciando sus sentidos de razon; que hace el vino á las veces oficios de engendrador de la locura y sus vapores son el mejor quita-vergüenzas que puede hallarse en estos tiempos en que la familiaridad con tan honesta señora es casi un género de contrabando. Iba este tal, aunque él decia ser persona de gran decencia (lo cual no puse en duda ni un solo instante) en hábito de tan villana ralea que mal hubiera podido dar á conocer un caballero en el que lo vestia. Un pañuelo descolorido le apretaba las sienes muy redoblado como una liga, y lo demas del traje no era por cierto de mas elevada

Catedral de Zaragoza.

prosapia. Es verdad que él se daba aires de calave-

ra y que esto debe ser cosa muy útil; pues segun dicen, los que hacen de ello profesion están en plena libertad de poner por obra cuanto les venga á las mientes sin que pasen mas que por humoradas sus desmanes: lo cierto es que él iba envuelto en una especie de capa aun mas raida que su vergüenza, y que al mismo tiempo que presumia de gracioso no le faltaba su gran deseo de echarla de ternejal, mezclando en su empalagosa y sempiterna cháchara algunos *términos* de los que se oyen constantemente al pueblo bajo de Andalucía, que asi sonaban bien en su boca como por los cerros de Ubeda. Desde luego empezó á ser el Judas de aquel quietísimo apostolado, y creyendo hacer una gracia digna de elogios en el dar voces descompasadas, soltó las riendas á la *raposa* que tenia encima, para dejar percibir un canto digno de las orejas de Midas á cuyo benéfico influjo se despertaban echando votos y reniegos los que á duras penas iban dando algun rato al insomnio de tan asendereada noche. Concitó entonces á dos ó tres individuos para que le acompañasen á jugar, sacando un rimero de barajas, y visto que los demas no secundaban sus deseos de *pasar el rato* (no porque ninguno dudase de la pureza de sus intenciones y de sus manos, ni de la candidez virginea de sus naipes, sino porque Dios hizo la noche para dormir) volvióse á marchar sobre cubierta á ver si el aire fresco bastaba á disipar su famosa *turca*, con *el un ojo medio acostado y el otro nadando en mosto*. Al ruido de sus voces se despertaron los amables *crios*, y poniendo sus desaforados gritos en el cielo atentaron horriblemente á nuestro sueño y á nuestras orejas, haciéndonos gozar los beneficios del mas sabroso y desgarrador lloriqueo que darse puede. Dábame yo tambien á todos los diablos, maldiciendo aquel agudo chillerío, cuando quiso mi buena estrella (que no siempre habia de estar entre nubes como ciencia de alquimista) que uno de los jóvenes compañeros interpelase á la robusta montañesa de un modo enérgico para que pusiese paz en el descompasado y aturdidor griterío de aquellos ángeles inocentes. Respondió algo amostazada la hombruna moza y su respuesta fué una chispa eléctrica que puso en conmocion á todos los circunstantes. Acompañóla una salva estrepitosa de carcajadas, y yo, sin entender una sola palabra de cuantas dijo, bien que admirado del tono cómico en que las pronunció, bendije la misericordia divina que tales alcornoques sustenta en este mundo, dándole gracias por haberme deparado la compañía de aquella mas acémila que mujer, la cual fué nuestra delicia buen largo rato; pues ya nos íbamos convenciendo de la imposibilidad de dormir en semejantes alturas.

De pronto sentimos un sacudimiento y el barco quedó parado. La voz del patron se dejó oir, y al grito de:

—Señores, que salgan los que van á desembarcar en Gallur; se pusieron en movimiento los felices prójimos que ya habian tocado el término de su viaje. Yo tambien, deseoso de respirar un aire puro, salí de la caldeada cámara y subí rápidamente sobre la cubierta. Los primeros albores del crepúsculo de la mañana empezaban á iluminar el horizonte, apagando el tibio resplandor de las infinitas luces que como los ojos de un árgos velan durante la noche tachonado el oscuro manto del firmamento. Su ceniciento brillo daba un color fantástico á la naturaleza dibujando aun con dificultad en su rico y prodigioso cuadro los contornos de los edificios de Gallur; y este pueblecito ofrecia la vasta imágen de un sepulcro rodeado de sombras evocadas por el conjuro de alguna hechicera.—Tendíme entonces, envuelto en mi capa, en el reducido espacio de la proa, y allí esperé con impaciencia la venida de la aurora, de ese hermosísimo meteoro que despierta con su luz vírgen á las aves y á los pastores é infunde la alegría en la naturaleza; de ese nuncio de la salida del sol que vierte perlas sobre las rosas adormecidas, y baña con su vivífero humor la pobre yerbecilla de los prados, que se ufana y enorgullece recogiendo las gotas de cristal puro, balanceadas por el aire en las puntas de sus delgadas ramillas. Por instantes fué desapareciendo la tinta cenicienta que cubria el horizonte, ya medio bañado de una luz cándida que á su vez quedó ofuscada por unos rayos encendidos como rubies. Al influjo de estos los leves vapores que exhalaban las montañas y los arroyos (como el humo de un perfume con que la naturaleza incensaba al Sér Supremo) se dilataron por el vacío en mil caprichosas figuras, formando los mas deliciosos cambiantes que puede admirar la vista; y mezclándose á esta naciente vida de la naturaleza que sacudia su letargo el melódioso gorgeo de innumerables pajarillos y los balidos de las brincadoras ovejuelas que abandonaban su aprisco para pacer libremente por los valles y las colinas, se formó un cuadro tan lleno de seductora poesía que embelesaba la mente elevándola á las altas regiones de la divinidad. De pronto un vivísimo resplandor hirió nuestos ojos. Era el sol:

«Saliendo de las hondas encendido.»

segun un dulcísimo y delicado poeta español, era el astro refulgente á quien ha llamado un célebre poeta inglés

«King of the sky, and father of the day!» (1)
(*Del firmamento rey, padre del dia*)

era la eterna lumbrera engendradora del oro (en cuyos átomos invisibles creian hallarle los alquimistas), que apareciendo en los balcones del oriente salia á dar sér á las plantas con su lumbre, y á extender por donde quiera la dicha y el regocijo. Nunca fuera deseada tanto del náufrago la salvacion como habia sido de nosotros apetecida la clara luz del que nos proporcionaba el beneficio de templar lo aterido de nuestros miembros con su llama vivificadora. Por momentos iban cobrando fuerza sus rayos encendidos (que doraban ya las crestas coronadas de nieve del arrogante Moncayo), y la alfombra de verdura estendida á nuestros pies desaparecia de nuestros ojos para ofrecernos un nuevo paisaje, mas bello aun que el anterior, en cada una de las muchísimas vueltas que dá el canal por las faldas de aquellos montes. Algunos de los pasajeros, ansiosos de llegar al Bocal, que era el término de nuestra navegacion, creian tocar sus risueñas enramadas cada momento; y ya habíamos corrido buen trecho desde la salida del sol cuando el barco se detuvo en el pequeño pueblecito de Ribaforada (que ofrece una perspectiva rústica muy singular), y dejó en él una no pequeña parte de los pasajeros. Un instante despues se ocultó á nuestras miradas aquel pintoresco lugarcito, antigua fundacion de los caballeros del Temple, y no mucho mas tarde nos encontramos en el Bocal.—Eran las siete de la mañana.—Agosto de 1843.

MANUEL CAÑETE.

(1) LOGAN.—*Ossian's hymn to the sun.*

EL NIÑO Y LOS PERROS.

Tranquilo roia
lebrel afamado
un hueso, ganado
saliendo á cazar;

En tanto de un niño
lamía la mano
un can cortesano
ducho en halagar.

Entonces, injusto,
el niño travieso,
arráncale el hueso
á quien lo ganó.

Y al que sin trabajo
la presa codicia
de simple caricia
en premio la dió.

Si al niño seguia
aquel al paseo,
en donde el recreo
solia tener;

Allí no vió liebre
corriendo ligera
que viva no fuera
del niño al poder.

Mas ya despojado
el can de su presa
al niño profesa
menor amistad;

Y al campo no sigue
á quien lleva al lado
al perro agraciado
con parcialidad.

¡Cruel desengaño!
cien liebres veia
el niño, y no habia
una para él.

Que su compañero
el can cortesano
procuraba en vano
hacerse lebrel.

—Que el niño comete
igual desatino
quien quita el destino
al buen servidor.

Y manda á su puesto
á inútil valido,
cediendo á un partido,
ó bien al favor.

P. F. BAEZA.

UN VIAJE

A LAS PROVINCIAS VASCONGADAS ASOMANDO LAS NARICES EN FRANCIA.

ARTICULO IX.

SESENTA Y DOS LEGUAS FRANCESAS.

Ni yo habia pensado cerrar los ojos en Francia al asomar allí las narices, ni me podia convenir por lo mismo empaquetarme en el angustioso departamento del interior, y mucho menos en la rotonda. Alzábase sobre la berlina de las diligencias un esbelto cabriolé, llamado *imperial* en nuestro pais y *banquettæ* por aquellas tierras, y para ocupar uno de los tres asientos que admite el dicho calesin, sin contar con el sitio preferente del conductor, obtuve yo el correspondiente permiso en casa de los señores Dotezac hermanos. Acostumbrados los franceses á viajar continuamente, y amigos de economizar tiempo y dinero en todas sus cosas, ni dan recibo ni billete, ni hacen mas que exigir el importe del asiento, preguntar las señas de la casa para mandar por el equipaje, y pasar lista despues que cada viajero se ha colocado donde debe ó donde quiere. Esto último, pertenece ya á las simplificaciones de mal género, y ocasiona algunas incomodidades. Sirva de ejemplo lo que me sucedió á mí en el viaje de Bayona á Burdeos, dejando para mas adelante el indagar la causa del siguiente *quid pro quo*:

Apenas llegó á mi cuarto un mozo de las diligencias, para hacerse cargo de mi equipaje, avisándome que faltaba una hora para que mi persona saliese de Bayona, me puse en marcha hácia el sitio de la partida, y viendo que los coches se iban llenando de gente pregunté cuál de ellos era el mio, y me encaramé súbito en la imperial. Ya estaba el conductor en su trono, el mayoral en el suyo, y la palabra *hiu* pronta á herir los oidos del viajero, cuando grita el encargado de pasarnos lista:—Monsieur Flores, Vd. no está bien ahí.—Dispense Vd, amigo, le repliqué, porque me hallo perfectamente acomodado.—Sí, pero no es ese el asiento.—Cómo que no, si he pagado 15 francos por el?—Por eso mismo debe Vd. venir al interior; la banqueta no cuesta mas que 12.—Pero yo pedí un asiento de banqueta, y le regalo á Vd. los tres francos de exceso.—No importa, es indispensable que venga Vd. á ocupar su asiento.—Pues sí.—Pues no.—Pues... En suma, aquel hombre llenándome de *pardones*, me hizo bajar de la imperial, y me empaquetó en el interior. Tres señoras y un caballero, ocupaban las esquinas de aquel departamento, y al pasar por delante de la primera para sentarme entre dos de ellas, descansé involuntariamente el pie sobre uno de los suyos, que ó por ser demasiado grandes, ó el coche demasiado pequeño, lo ocupaban todo. Díjela que me perdonase en francés, y como ya me hubiesen oido disputar en el mismo idioma, exclamaron todos á una voz y en castellano puro:—Estamos frescos; ya tenemos aquí el *pardon*; divertido ha de ir este tonto entre cuatro españoles. Yo aparenté no entender lo que decian, y ellos siguieron burlándose de mí, hasta que llegó á ocupar el asiento vacante una francesita, ligera y vivaracha, nada fea por cierto, y los caballos arrancaron á buen paso de la casa de las diligencias. Divirtiéronse asimismo mis compatriotas con nuestra nueva compañera, y sin hacerse cargo de que no eran ellos los que habian de reir mas ni los últimos, se hacian la ilusion de que los del centro seríamos las víctimas; sin conocer que los extranjeros, son los que mas pierden cuando no saben el idioma del pais que pisan. El amor patrio que me rebosaba hasta por las costuras de la levita, se me escapó al oir decir á aquellas gentes, que yo no podia negar que era francés, y soltando la risa cuanto mas pude exclamé:—Ea, señores, basta ya de chanzas; todos somos españoles y... los abrazos de aquellas gentes, y la alegría de sus rostros no me dejaron continuar hablando. La francesa que estaba luchando con su traje y maneras de griseta para hacerse la sentimental, echó mano á una cestilla de paja que llevaba al brazo, y sacó un libro; sino con ánimo de leer en él, resulta por lo menos á dárnoslo á entender así.

Saint-Esprit, *Tarnos*, *Ondres*, *La Benne*, *Les Cantons*, *Saint-Vincent*, *Saint Geours*, y últimamente *Dax*, donde nos detuvimos á almorzar, son los pueblos, aldeas y ciudades que dieron paso á nuestro carruaje en aquella expedicion. Infinidad de muchachos nos cercaron apenas saltamos del coche, y apenas podíamos entender otra cosa de su descompuesta algarabía, que las palabras *Lochó* y *La Fontaine*.—Yo no tenia la menor noticia de que el fabulista *La Fontaine* ni el cabecilla español *Locho*, estuviesen enterrados en aquel pueblo; pero me dejé conducir por uno de aquellos cicerones, y muy pronto dimos vista á una gran fuente de agua hirviendo.—*Voilá Monsieur*, *la fontaine de l'eau chaud*, dijo mi acompañante, y haciéndome acercar la mano á uno de los diversos caños de agua que se vierten allí de continuo, me demostró prácticamente la elevada temperatura de aquellas aguas minerales; en cuyo sobrante lavan y friegan las gentes de la vecindad. El todo de la fuente es un inmenso estanque ó baño, del cual se desprende gran cantidad de agua en vapor, y allí se vé perfectamente la ebullicion del líquido. El comercio de Dax, en maderas y sustancias resinosas es considerable; pero su principal importancia consiste en la abundancia de aguas minerales.

Habia desaparecido ya una mitad del almuerzo cuando volvimos á la fonda, y la sentimental griseta engullia á destajo como si tuviera algun editor responsable de su estómago en los bolsillos del prójimo. Puso la mano sobre una silla que habia desocupada á su derecha, apenas me vió entrar en el comedor, indicándome con un gracioso ademan que habia decidido en última instancia tenerme á su lado; y de tal modo dispuso sus cosas mientras yo estaba visitando á Lafontaine y á Lochó, que cuando llegó la hora de pagar cada cual lo que habia comido y aun lo que habia dejado de comer, como nos sucedió á los que llegamos al cuarto plato, se acercó la camarera que servia á la mesa, y me dijo.—Cinco francos por los dos, caballero.—La griseta no estaba muy segura de mi galantería, y ni aun en broma quiso echar mano al bolsillo, hasta que yo hube pagado; entonces acercándose á la moza, con cierta apariencia de incomodidad, hizo que la reprendia por haberme comprometido á pagar dos cubiertos en vez de uno; pero yo creo, y esto pasa de sospecha, que la regañó por no haberme exigido propina ademas; pues así lo hizo despues.—Los conductores de las diligencias se cuidan tanto de los viajeros, en cuanto á los excesos de gula, que apenas los dejan probar bocado, á fuerza de llamar repetidas veces «al coche». Los amos de las fondas no se olvidan tampoco de evitar los placeres gastronómicos á los que acuden á sus establecimientos para aplacar el hambre, pues siendo una hora el plazo señalado para el almuerzo, gastan los tres cuartos primeros en ir y venir de la cocina al comedor y de este á la cocina, siendo los últimos quince minutos una simple exposicion de los platos que se salvaron el dia anterior, por razones análogas á las ya expuestas. Hízose con nosotros esa misma evolucion, y acurrucados de nuevo en el coche, nos dirigimos por *Saint-Paul*, *Tartas*, *Meilhan*, *Campagne y Saint-Perdon á Mont-de-Marsan*. Bellos eran los campos que atravesamos hasta llegar á Dax, especialmente en ese último punto: pero los alrededores de Mont-de-Marsan, embelesaron nuestra alma, tanto por la riqueza de la vegetacion, cuanto por el particular esmero del cultivo. La naturaleza debe estar muy agradecida á los agrícolas franceses, de ese lado de Francia, y estos á su vez no deben quejarse de la igualdad del terreno, que les ha cabido en suerte para ensayar sus adelantos.

Sin detenernos ahora, por no ser del caso, á probar que el decantado refinamiento de los franceses, en cuanto á las reglas de buena educacion, no es mas que una cultura superficial, hija de la exterioridad que los distingue en todo, recordaremos únicamente el célebre *defendu de fumer dans les voitures*, que se lee en casi todos los billetes de diligencias. Como mis compañeras de viaje eran españolas, y el caballero que las acompañaba era asimismo castellano y castellano viejo por añadidura, fumador ainda mais, y yo tenia la lengua tan expedita como la petaca para preguntarlas si las molestaba el humo del tabaco, y así lo hice, y ellas me contestaron que podia fumar cuanto quisiera; encendí un tabaco, y empecé á echar humo que era una bendicion de Dios. Pero la griseta que habiendo encontrado mis pies á la primer jornada, habia descubierto un medio de no tener los suyos en el aire, me dijo que no se podia fumar delante de las señoras. Yo la contesté que lo sabia muy bien, y ella conoció que no me faltaba mas que la voluntad de hacerlo, ó la de contar á una griseta en el número de las señoras. Pero no es eso lo mas admirable, lectores mios, sino que han de saber Vds. que despues del almuerzo me pidió un cigarro, y se lo fumó con toda la maestría de una americana. El humo del tabaco se llevó tras sí todo el sentimentalismo de la griseta, y á la mojiganga del libro sucedió la facilidad en el decir, la desenvoltura en el charlar, y la franqueza en las coplitas que cantaba (con la boca) y se acompañaba con los pies sobre los mios. Las tres primeras horas de las veinte y cuatro que pasamos juntos en el coche las empleó en hacer la jóven melancólica y tímida, recien salida de un colegio; las seis siguientes parecia una niña inocente de esas que sonrien por cualquier cosa, y que no han visto mas mundo que el claustro del colegio; y las restantes, menos tres que se llevó durmiendo sobre un brazo que no era suyo, las pasó coqueteando con cuantos íbamos en el coche, inclusas las señoras. Sin que nadie se ocupára de preguntárselo por supuesto, nos describió el colegio donde se habia educado en París, nos hizo saber de como su padre era infame, si bien ella lo respetaba como tal (acaso como infame, acaso como padre); nos dijo tambien que la habia robado de su casa uno que pasaba en París por príncipe de la Noruega, abandonándola despues infamemente, y en suma nos refirió una historia tan tierna, que casi hacia llorar. Ella se esforzaba por darnos á entender que se esforzaba en distraerse de sus desgracias, y despues de haberse calado mis antiparras y examinado sin querer la bondad del metal que tenian, nos pidió la cartera, y en ella escribió mi nombre y apellido, debajo de otro que dijo ser el suyo. Yo que no tenia en la cartera ni billete ni pasaporte que pudiese delatarme, ni por otra parte creia entonces ni ahora en brujas, la pregunté:—¿Quién la ha dicho á Vd. mi nombre?—Oh! ese es mi secreto! me respondió:—Lo creo; pero no podria ser de los dos al mismo tiempo?—No hay inconveniente. Un tio mio lejano, que es el encargado del despacho en las diligencias de M. Dotezac, me enseñó la lista de los viajeros; y á mí, sin saber por qué se me quedó presente el nombre de Vd.; y la jóven bajó los ojos á lo mujer ruborizada, repitiendo no en voz alta sino para que yo lo oyera.—*Il ne faut q' un instant, pour unir deux belles ames.—La sympathie, histoire moral.* Yo la dije que si no tenia inconveniente podia contárselo á su abuela, pues la simpatía á secas era fruta de cáscara amarga en los viajes; y siempre se dijo en España.

Cuénteselo Vd. á su abuela,
que sin dinero no cuela.

Tenia yo por aquel entonces, sin que esto quiera decir que no los tenga ahora, unos bigotes muy largos, y hablando con propiedad unos pelos muy largos donde debian estar los bigotes, y como chico con zapatos nuevos así estaba mi mano derecha jugando siempre con ellos. Solia resultar de esta inocentísima diversion la dolorosísima pérdida de alguno de mis tiernos y dorados vástagos; y así sucedió que habiéndome ocurrido un percance de ese género en presencia de mi griseta, esta se apoderó del desertor y lo envolvió, con simulado disimulo en un papel. De este á la mano, y de la mano al pecho, fué el bigote á parar mientras reian mis compañeras en español, y la griseta me decia en francés que aquello era envidia pura y neta. La conducta abierta y franca de aquella criaturita no merecia la pena de indagar el orígen ni el móvil de su simpatía; pero acordándome yo de que era tio suyo, ó hacia las veces de tal, el hombre que me habia hecho cambiar de asiento en Bayona y de que ella habia sabido mi nombre por el mismo sugeto, me dí á pensar caritativamente sobre lo que allí pasaba

y se me figuró oir un diálogo en francés que traducido al español, viene á decir lo siguiente:

—Tio de mi alma, Vd. es un buen sugeto, pero ya se me van acabando los trapitos que traje de Paris, y quisiera volverme allá, antes de quedarme en cueros.

—Y qué piensas hacer en Paris, sobrina mia?

—Allí hay mas recursos para vivir... y si yo encontrára medio de hacer el viaje... sin...

—Calla; me ha ocurrido uno, magnífico, excelente.

—Y cuál es?

—Mira; mañana sale para Burdeos un español rubio, jóven, que viaja solo, y que no tiene trazas de venir á pordiosear á Francia. Ha tomado el primer asiento de la banqueta, con ánimo de enterarse bien del pais, y...

—Pero ya ve Vd. que en la banqueta vá el conductor y...

—Calla, tonta, no ves tú que es español, y que á la hora de partir le puedo yo hacer subir donde me acomode? Mira: cuatro españoles van en el interior; lo colocaré en el quinto asiento y tú puedes ocupar el sexto; lo demas...

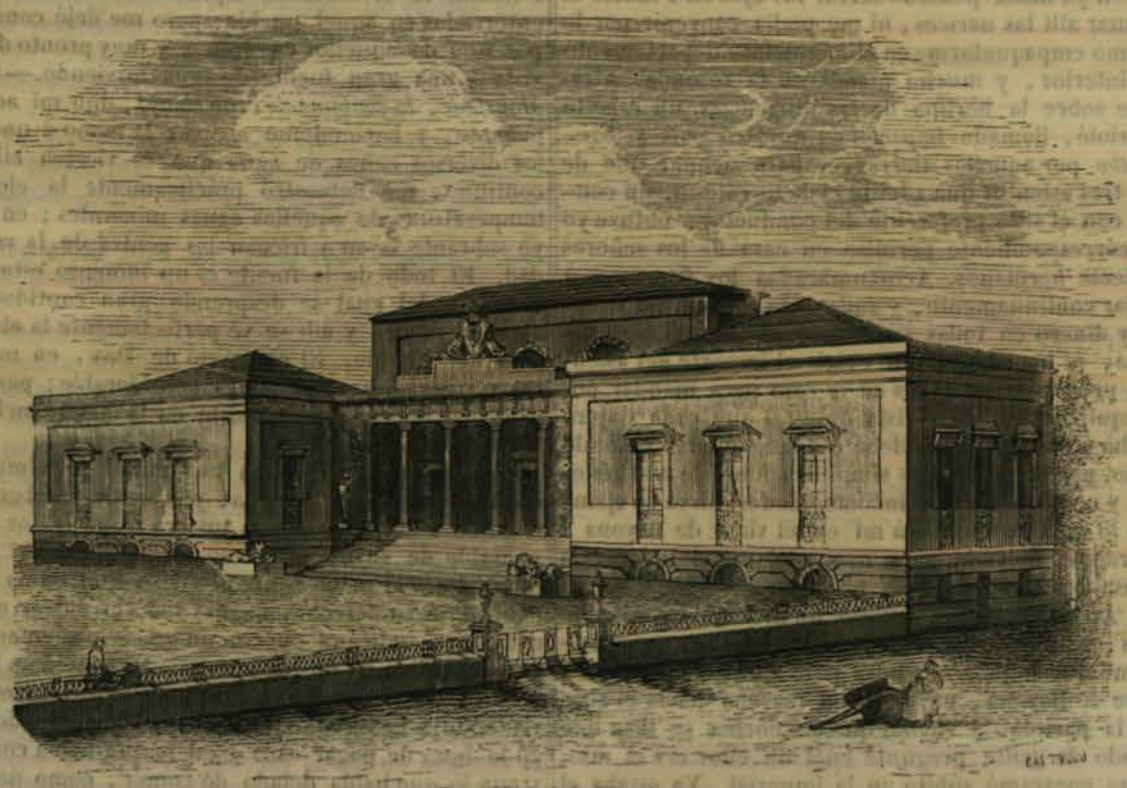
—Corre de mi cuenta; deme Vd. diez ó doce francos para el camino, por si fuese mas duro de bolsillo que de corazon, y no hay cuidado.

Apenas me atrevia yo á formar esas conjeturas á pesar de lo que habia visto, de lo que estaba viendo, y de lo que me esperaba aun al paso que íbamos; pero los discursos que de vez en cuando hacia la jóven sobre la España, el entusiasmo con que hablaba de los españoles, y otras cosas que se callan, por no cansar al lector, y por no recordar el congojoso martirio que sufrieron mis callos en aquel viaje, diéronme á entender lo bastante para ponerme en guardia con tiempo, y no abusar de la amable compañía con que me brindaba la griseta. Despues de haber tenido el honor de pagarla la comida en Mont-de-Marsan, quise probar el terreno, hablando de mi vuelta á España, y fué tal la condescendencia de la jóven que se brindó á acompañarme; gratis se entiende y sin comer mas que lo que yo pagase. Baste decir, para que los lectores conozcan la idea que habian formado de mi cándida buena fé, tio y sobrina, que cuando volví á Bayona, y pedí un billete para San Sebastian me preguntó el tio de la griseta:—Para Vd. solo, caballero?—Para mi solo, le repliqué, sino ha pensado Vd. hacerme viajar eternamente con su sobrina.—Perdone Vd. pero...—No hay pero que valga; y sepa Vd. que ni tengo cara de primo, ni sufro primadas de nadie. Bajó mi buen francés las orejas, y yo supe despues que ni aquéllos lances eran raros en Francia, ni dejaban de producir la mayor parte de las veces mejores resultados que al presente. Ténganlo asi entendido los lectores, y cuídense de no viajar con las sobrinas de los empleados de diligencias; por mas que hayan sido educadas en Paris, y reciten trozos de Racine y de Corneille, como hacia mi griseta; pues la instruccion de esas muchachas es un anzuelo que va derecho á la sorpresa de los extranjeros.

Las cercanías de Mont-de-Marsan son en extremo seductoras, y la idea de hacer alto en esa gran poblacion para lastrar el estómago, despues de haber almorzado en Dax, es diabólica, y nada ventajosa para el fondista que tiene la contrata con la empresa de las diligencias. Ninguno de los viajeros tenia gana de comer, cuando llegamos á la capital del departamento de Landes, y entrando en cuentas consigo mismo, dos ó tres compañeros que temian estar sin probar bocado hasta Burdeos, pidieron la comida; pero los amabilísimos franceses dijeron que nones, y que todos ó ninguno. Levantáronse de la mesa los infelices hambrientos, y se fueron á comprar fiambres para el camino; entonces un andaluz que iba en la rotonda, la griseta, y el que suscribe se sentaron á la mesa y se hicieron servir, plato por plato tres raciones de toda la comida que estaba dispuesta.—Creemos que los franceses nos agradezcan el habernos conducido de ese modo en aquella ocasion; pues si en los paises *salvajes* (la España por ejemplo) no conviene tolerar esos abusos, en los pueblos *civilizados* (la Francia ó Mont-de-Marsan) no se deben sancionar esos escándalos de barbaridad salvaje.

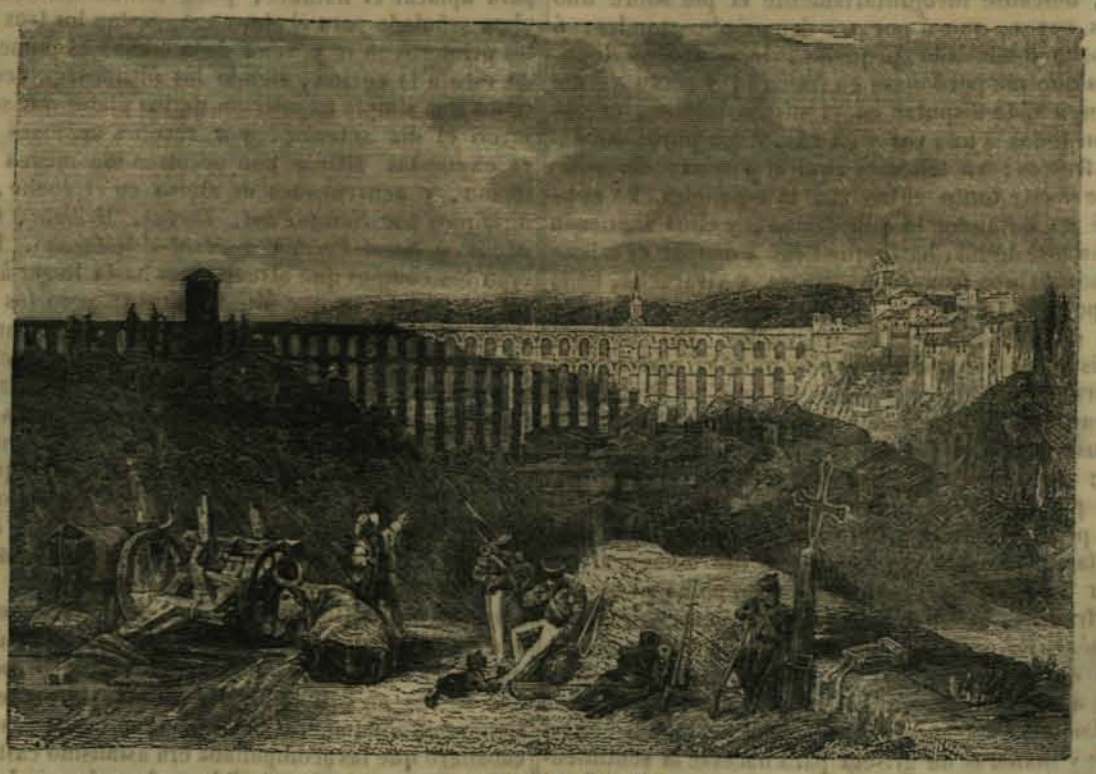
Célebre por la elegancia y comodidad de sus muchos establecimientos de baños, el pueblo de que dejamos hecha mencion, no podia ofrecer nada de particular, á quien entraba por un lado á las cuatro de la tarde, y salia por otro á las cinco; sin embargo, pasada media hora en hacer valer nuestros derechos de mesa y fonda, empleamos la otra media en pasear sus principales calles, estudiando la belleza de sus edificios, como los holgazanes la doctrina de los libros... por el forro. Las fachadas del hospicio, de la cárcel, y de la prefectura, llamaron particularmente nuestra atencion, y á no haber sido por temor de que la diligencia siguiese su ruta sin llamarnos, hubiésemos visitado la biblioteca, y algunas otras cosas notables de las que encierra Mont-de-Marsan. Pero era preciso pasar por *Caloy*, *Roquefort*, *les Traverses*, *le Poteau Caplieux*, *Bazas*, *Langon*, *Preignac*, *Barsac*, *Cerons*, *Podensac*, *Castres*, y *le Bouscaut*, para llegar á Bordeaux; y como el caso y el objeto del viaje era Burdeos, allí llegamos á las veinte y cuatro y media horas de haber salido de Bayona.

ANTONIO FLORES.



Casa-Ciudad de Vitoria.

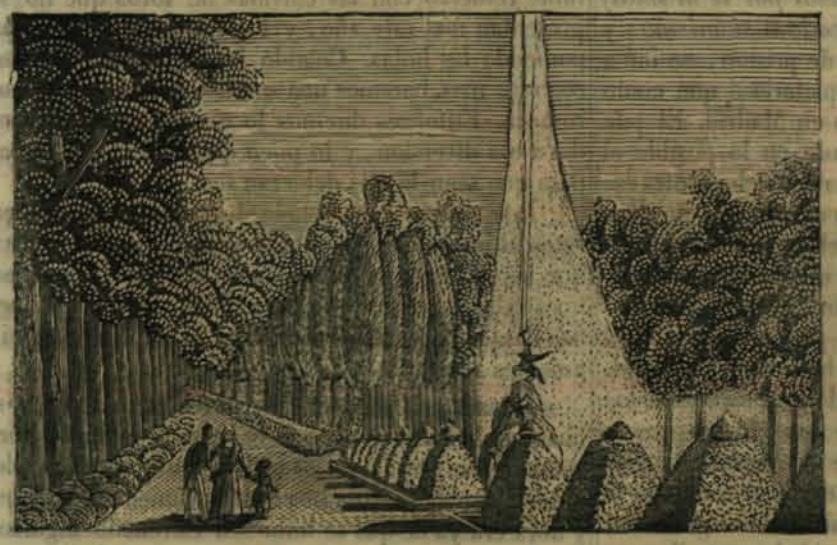
NOTA. En el segundo artículo de esta serie, ofrecimos dar á nuestros lectores una vista de la *casa-ciudad de Vitoria* tan luego como la recibiésemos de dicho pueblo. A las noticias que dimos en aquella ocasion sobre la elegancia del edificio á que aludimos, poco ó nada tenemos que añadir; baste decir que es una obra digna de competir con las mejores del extranjero. En otra época menos desventurada que la nuestra, seria admirable la grandiosidad con que la diputacion foral de Vitoria ha concebido y llevado á cabo su obra; hoy dia, apenas se comprende cómo han podido sus autores fabricar un edificio de tanto gusto en su forma esterior y tan rico en sus adornos interiores.—El lujo que reina en aquel palacio, se advierte desde las paredes del pórtico, que vestidas de estuco bruñido, tienen todo el aspecto y las ventajas del mármol. El gran salon de juntas es de forma *oval* y lucen en las paredes molduras elegantes de estuco, siendo de notar principalmente los adornos del cielo, que tienen todo el carácter antiguo de los que se ven en los salones del alcázar de Sevilla, y otros monumentos de aquella época. El gabinete ochavado, que se abre en el fondo de dicha sala, es asimismo muy elegante, y está adornado con extraordinario gusto y no menos riqueza que las otras dependencias del edificio. El archivo, las oficinas, los almacenes, y finalmente los jardines de la *casa-ciudad*, son igualmente muy lindos, y estan perfectamente proporcionados. El citado edificio, repetimos, hará honor al siglo actual, y figurará en primer término entre las mejores obras de la España monumental.



Acueducto de Segovia.

Revista de la Quincena.

Si á la clara luz de cien bujías, que vierten su resplandor por la mullida alfombra, y reclinado en cómodo divan al dulce calor de la chimenea, se oye zumbar el desabrido Fabonio, y se observa cómo desciende el mercurio en el termómetro, apenas hay quien no maldiga el invierno recordando con placer los encantos del verano, porque (y de aquí no paso sin punto y coma); cuando en medio de un delicioso jardin, y sumergido en un baño de agua á la fresca sombra de una parra, se ve que el sol de julio derrite el plomo, y asa en el aire los pájaros, no se ha de envidiar la frescura de la nieve y los vientos del mes de enero? La misma razon falta para pensar de un modo que de otro, luego dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí, ó mejor dicho; dos cantidades negativas se destruyen, y vamos adelante. Si la condicion humana fuese capaz de conformarse con el presente, sin envidiar el pasado, ni ansiar el porvenir, todos seríamos felices, ó hablando con propiedad, no lo seriamos ninguno. La vida es tan monótona, á tomarla como Dios manda, que es necesario para pasarla medianamente regañar con ella (pero en broma sin pistolas ni canales) haciendo una oposicion constante á sus invariables disposiciones. El hombre feliz, que es la especie mas *utópica* (de *utopia*, con permiso del Diccionario) que se conoce en el humano enjambre, diz que pasa la vida como un soplo sin que las horas de martirio le cuenten uno por uno sus eternos períodos; la otra gran parte de los mortales no vislumbra jamás esos soplos de vida falsamente llamada felicidad suprema, y cuando piensa en los sesenta minutos que tiene una hora, cree interminables las veinte y cuatro del dia.—Hay á pesar de todo una respetabilísima porcion del género humano, que



Fuente de la Fama.

Fuente de Pomona.

desde que vino al mundo, y vió los años divididos en cuatro estaciones diferentes, pensó tomar partido en una de ellas, y cada mochuelo se decidió á seguir la bandera que mas convenia á su temperamento ó á su capricho. Ni mas ni menos que en política se pregunta.—Es Vd. moderado ó exaltado, republicano ó realista? así en asunto de estaciones se dice:—Qué le gusta á Vd. mas: el invierno, el verano, la primavera ó el otoño? Los pueblos modernos han debido tomar ejemplo del tiempo para la creacion de sus partidos políticos. Forman el justo medio, la primavera y el otoño, estaciones falsamente llamadas conservadoras, y el invierno y el verano, son dos fracciones exaltadas, que tienen sus prosélitos rabiosos entre los hijos de Adan. Las hijas de Eva delgaditas y secas que debieran afiliarse con ardor en el verano, seguras de que las carnes no habian de sofocarlas, por muchos grados que tuviese el sol, son partidarias acérrimas del invierno, porque esta estacion las permite velar sus pune aguadas formas, con las entretelas del camaí ó las pieles de la mantela. Las jamonas por el contrario, maldicen del invierno porque los aires frios de diciembre no las dejan poner de manifiesto sus robustos contornos, y por eso se dijo que daba Dios pañuelo al que no tenia narices, y vice versa. Mientras el sol de julio se divierte en secarnos el cerebro con sus abrasadores rayos, ansiamos la blanca nieve de enero y las heladas escarchas de diciembre; cuando sentimos de cerca los efectos de esta temperatura

Fuente de los baños de Diana.

Fuente de los Vientos.

anhelamos el aura sofocante del verano, y de ahí viene el decir, que el hombre no está contento nunca con su suerte. Las estaciones conservadoras, tuvieron mucho partido en sus primeros tiempos; pero hoy que se las conoce muy á fondo y se saben ya todas las raterías de su anfibológico proceder, van perdiendo todo su crédito, y apenas hay una persona que le guste abrasarse de calor á las doce del dia, y helarse de frio á las cuatro de la tarde. Buen ejemplo de esta verdad es la primavera de 1845, digna sucesora de las demas primaveras, que han ido pasando desde que el mundo es mundo, y sino desde que nosotros vivimos en él.

Cubiertos los árboles con las primeras hojas, tapizados los campos con una pelusa verde, próxima á convertirse en blanda yerba, y prontas las flores á descubrir los pétalos, precursores del fruto, empiezan los madrileños á pensar en los viajes y en las diligencias, resueltos á no sufrir en Madrid las incomodidades de la estacion. Parte el movimiento desde el régio alcázar, y mientras suponen los unos que S. M. saldrá á recorrer la Cataluña, afirman los otros que pasará unos dias en la Granja, en Aranjuez y en el Escorial. Nada hay resuelto aun sobre el régio viaje, ó al menos nada sabemos nosotros de cierto; pero ya empiezan algunas familias á tomar casa en Segovia, disponiendo otros su marcha hácia los reales sitios de Aranjuez y la Granja.

Saludada ya la primavera con el preámbulo de este artículo podemos salir un rato al camino (y guay cómo se entiende la frase) á ver qué nos dicen los correos de los asuntos extranjeros.—La pintoresca Suiza continúa revuelta.—Ola! pues que siguen

queriendo los suizos?—Que han sido completamente derrotados los cuerpos francos, y se han visto en la precision de abandonar el campo en todos los puntos, dejando gran número de muertos y prisioneros; ascendiendo el número de los últimos á 1,500. De estos sucesos se teme una guerra civil, desoladora, como todas las de su especie y sangrienta como la que mas. Las tropas vencedoras, han cometido excesos de todo género, cebando su saña hasta en los mismos cadáveres. Por otra parte los liberales de Zurich, derrotados en el campo de batalla, han obtenido una victoria completa en las urnas electorales para la junta gubernativa; y como el canton de Zurich es hoy dia el director, tiene mas importancia de la que parece este triunfo.

—Los argelinos dicen que se van declarando muchas tribus en favor de Abd-el-Kader, á quien persigue con actividad el coronel Gery; la Francia y la Inglaterra no dicen nada de nuevo, salva sea la decision que han tomado de intervenir en los negocios de la Plata, y ya la primera de ambas naciones parece que pone fin á las hostilidades contra Montevideo. Los mejicanos siguen soñando una era de independencia y de neutralidad, que cada dia se les va presentando mas lejana; y finalmente O' Connell y comparsa, vuelven á hacer el bú á los ingleses con sus tumultuosas reuniones. En un gran convite que dió la ciudad de Kilkeng al libertador irlandés, se brindó por la reina Vitoria, por el príncipe Alberto y demas individuos de la familia real inglesa, habiendo asegurado O' Connell que habia cincuenta mil voces dispuestas á afirmar que el espíritu de la revocacion está hoy mas arraigado que nunca. Afirmó, ó anunció asimismo, que si la agitacion de 1843 se habia continuado en el *meeting* de Cloon-Hill, la de 1845 empezaba por la procesion monstruo y el banquete de aquel dia. Nada mas digno de ocupar la atencion de mis carísimos lectores traen los correos extranjeros, si se esceptua el embarazo de la reina Vitoria, la reunion en Florencia de la familia de Napoleon, y otras bagatelas por el estilo.

—Nosotros (*id est*, España) que cuando nos falta un pronunciamiento al mes, ó una conspiracion siquiera á la semana, parece que no tenemos aire donde respirar, apenas hemos dado señales de vida hace algun tiempo, y á no ser por algunas prisiones y varias travesuras que han hecho unos cuantos *barones* (con B), por sí y ante sí, nada ha ocurrido de particular.—Figúrense Vds. que estabámos una noche los madrileños quietecitos y en paz, sin acordarnos de conspiraciones ni de sorpresas; entregados los unos al cómodo placer que proporcionan las sábanas y el sueño, gozando los otros las delicias de la música y ajenos todos á lo que estaba pasando en la capital de España á presencia (y no á ciencia) del gobierno. Un hombre llamado baron de Bulow, seguido de otro baron, y cuadrilla, andaba registrando casas y prendiendo gente, sin que nadie supiese quién le habia autorizado para cometer semejantes tropelías, ni cómo las autoridades permanecian indiferentes ante aquella usurpacion de sus atribuciones. Diez ó doce personas respetabilísimas han sufrido unos dias de cárcel, por la gracia el capricho y la conveniencia propia del susodicho baron, y mil vejaciones de diversos géneros otros sugetos no menos apreciables que los primeros; entre los cuales se cuentan algunos funcionarios públicos, como magistrados de la Audiencia, asesores de rentas, etc. Siempre se dijo que las bromas pesadas ó no darlas, y vive Dios, que eso de empezar el baron de Bulow, por prender á las autoridades es graciosísimo en estremo. Pero no contenta la tal criaturita, con delatar á este y al otro como conspiradores, se dió asimismo á estender, ó pedir que se estendiera (pues el baron de Bulow no es autoridad reconocida en esta plaza), auto de prision contra un propietario, ausente entonces de Madrid, por *sospechas* (ahora entra lo bueno) *de que se habia falsificado á sí mismo*. Y es el caso, (quiero que Vds. lo sepan, pues mas callado estará entre todos) que habiendo recogido esta persona unos títulos de su pertenencia, por medio de una carpeta firmada de su puño y letra, se presentó otro despues con otra carpeta á recoger los mismos títulos y como le dijesen que ya los habian entregado á su legítimo dueño, vino el baron de Bulow y pidió auto de prision contra el propietario de los títulos, por sospechas de falsificador. Nosotros que no entendemos una palabra ni media de esos negocios, hubiésemos creido que todos podrian haber falsificado la carpeta menos el dueño de los títulos; pero el baron de Bulow (y por esto conozco yo que ha leido la obra de *los Españoles pintados por sí mismos*) dijo: ese hombre *se ha falsificado á sí mismo*; y apenas hubo obtenido el auto de prision, se fué á registrar la casa del citado propietario, que como queda dicho no estaba entonces en Madrid. El jefe político de esta córte ha reparado en lo posible el atropello que inocentemente se habia hecho contra esa persona, siendo digno de elogio el celo que ha desplegado el jóven secretario del gobierno político don Agustin Esteban Collantes; el cual es un róbustísimo baluarte donde se embotan siempre las industrias de los barones *comme il faut*. Hasta que el señor Bulow ha dado con sus huesos en la cárcel, donde se encuentra incomunicado, estábamos todos aturdidos sin saber qué destino era el suyo que le autorizaba á prender toda clase de personas registrando casas á placer. Por mas que registrábamos la guía y revolviamos los nombramientos del gobierno, no encontrábamos ninguna autoridad que se llamase Bulow, ni polaco alguno que tuviese derecho á perseguir por sí y ante sí á los ciudadanos honrados. Verdad es que la gracia está en hacer las cosas sin autorizacion legítima, pues lo demas de puro comun es ya muy ordinario.—Como historiadores severos de la quincena quedamos á la mira de lo que ocurra en la inmediata sobre este asunto.

—La verja del Prado, y esto va con el ayuntamiento de Madrid, sigue empezada. Quisiéramos poder decir otro tanto respecto á la acera de la calle de Preciados, cuya reforma ha pedido unánimemente la prensa de Madrid. Todos los que vivimos en la capital de España sabemos (menos los concejales que ó no viven, ó no lo saben), que desde la Puerta del Sol hacia el real palacio, tiene asentados sus reales una gran parte del pueblo madrileño; nadie ignora tampoco que los ministerios y las principales oficinas de la nacion estan situadas en esa parte de Madrid, y es excusado decir que una de las calles que mas directamente comunican esos barrios con el centro es la de Preciados; para la cual pedimos, con urgente y apremiante necesidad, una acera. Dícese por algunos que hoy tiene una (aunque mala) la citada calle, pero nosotros no la vemos por mas que miramos; lo cual puede consistir en una de dos cosas; ó en que ella es muy estrecha, ó nuestros pies muy anchos; pues no hay duda que cuando pisamos sobre ella, la cubrimos exactamente. Otra vez hemos indicado esta justísima reforma á los rectísimos concejales de Madrid; si dan lugar á la tercera vamos á perder los estribos. (1) Otras advertencias quisiéramos hacer á la Excma. Corporacion, principalmente la de conducir con urgencia aguas á la capital, pues se acerca el verano y vamos á tocar muy de cerca esa falta, con el extraordinario aumento que ha sufrido la poblacion; pero no queremos decírselo todo de una vez por miedo de acongojarlos. Los sustos son muy temibles en los embarazos, y como el ayuntamiento constitucional de Madrid tiene preñada la cabeza de proyectos varios, y no nos gustan los monstruos de siete cabezas, callamos por hoy. Respecto á la verja del Prado nos ocurre advertir á un periódico de esta córte, que no sea tan prematuro en sus juicios para otra vez, pues si ahora la estan pintando de encarnado, color que al citado colega le gusta mucho, quién sabe si luego la dejarán de color de bronce ó cosa por el estilo. Mientras las mujeres se ponen las enaguas no se puede hablar del color del vestido, y recuerde nuestro cofrade que ni todas las criaturas que nacen con pelo rojo lo conservan del mismo color toda su vida, ni los viejos de cabeza cana han tenido el pelo blanco cuando eran jóvenes. Si no se da tiempo al tiempo, es fácil equivocarse á menudo.

(1) Despues de escrito este artículo nos aseguran que se ha dado órden para el acarreo de la piedra y demas útiles necesarios á la construccion de dicha acera. ¡Ojalá!

Las diversiones públicas han tenido un considerable refuerzo con las corridas de toros que no se presentan mal este año, y los empresarios se estan poniendo las botas. Cuando hayan pasado algunas corridas mas, haremos una suerte á la temporada tauromaca. Entonces diremos lo mucho que falta hoy dia á esa diversion, y lo poco que sobra, ó estorba, para que sean lo que debieran ser.

Los teatros han estado bastante animados en estos últimos dias, y ahora nos estan esperando para que los pasemos la consabida revista; en la cual con nuestra acostumbrada imparcialidad, ligereza y buenos deseos daremos á cada cual lo suyo en las siguientes líneas:

—Avanza en primera línea el teatro nacional, y si bien nos trae la noticia de haberse presentado nuevamente en escena varios artistas muy queridos del público español, nada nos dice de funciones nuevas, y hora era ya de que se hubiesen estrenado algunas. Encerradas en el piso bajo (véase *notas*) de los carteles, una porcion de títulos de otras tantas producciones originales, ninguna se atreve á ocupar el principal y todo se les va en decir que voy, que voy, y no vienen nunca. Si la tardanza consiste en la enfermedad de la señora Diaz y del señor Latorre, sentímoslo nosotros como el que mas, y nos congratulamos de que ya esté la primera completamente restablecida, y el segundo muy aliviado.

El señor Romea (don Julian) se presentó con el célebre drama de los *Hijos de Eduardo*, y el público obró con justicia, saludándole con repetidos aplausos á su salida, y arrojándole una corona de laurel. Esta obacion era una prueva de que los espectadores no habian olvidado el inmenso mérito artístico del señor Romea; pero á los primeros versos que moduló aquella noche, al ver la espresion de su fisonomía, en las difíciles situaciones del drama, conocimos todos cuán grande era el vacío que el señor Romea habia dejado al abandonar la escena el año anterior. Mucho ha sentido el público de Madrid la ausencia de ese distinguido actor, pero no tanto como debiera, y así se lo hizo conocer Glocester en el monólogo del segundo acto y en todo el resto del drama. Inútil seria detenernos á esplicar el talento del señor Romea, reconocido y admirado por cuantos nacionales y extranjeros le han visto representar: ora el género cómico, ora el trágico, ó ya el dramático moderno, en el cual se muestra inimitable. El desempeño general del drama fué de lo mejor que hemos visto nunca en el teatro; la señora Lamadrid (doña Bárbara), arrancó justísimos aplausos, desempeñando con inteligencia su papel de madre de los príncipes; su hermana, la apreciable Teodorita, estuvo felicísima en todo el drama, y la señorita Tablares se presentó muy bien en el papel del príncipe heredero de la corona. Sobrado y Romea menor estuvieron asimismo muy acertados en sus respectivos papeles.—La perla de nuestro teatro, Matilde Diez, se ha presentado por fin en *Otra casa con dos puertas*, cautivando como siempre la atencion del público y haciéndose aplaudir con entusiasmo.

El teatro de la *Cruz* nos viene acosando con otra ópera mas, y nos dice que el argumento de *María di Rohan* es el mismo que el del drama ti-

tulado *Un desafio ó dos horas de favor*. Asi es en efecto, y esto nos evita hablar de otra cosa que no se refiera á la ejecucion. En cuanto á la música, distamos mucho de estar conformes con los que creen que es uno de los mejores spartitos del fecundo Donnizetti, pero lejos de creer que sea de los peores, diremos que tiene trozos bellísimos, y que su instrumentacion es armoniosa en estremo y rica cual pocas.

Guasco es la figura principal del cuadro, tanto por haber sido escrita para este tenor la última produccion de Donnizetti, cuanto por haber cantado con admirable gusto y extraordinaria maestria todas las piezas de la ópera. En el primer acto suprimió el aria de salida, sustituyéndola con otra escrita expresamente para Guasco por el maestro Gastaldi. La pieza de música á que nos referimos es de mucho gusto, tiene pensamientos muy nuevos y de gran efecto, y es á nuestro juicio mejor que la de la ópera. Y esto no quiere decir otra cosa, sino que ha estado poco feliz una vez en su vida Donnizetti, y que Gastaldi ha tenido acierto en esta ocasion

La cavaletta que canta el contralto en el acto segundo es del mismo Gastaldi, y tambien nos pareció muy linda. Guasco fué aplaudido nota por nota en la cavatina, y la primera noche apenas pudo entenderse el final por los bravos y aplausos que interrumpian al artista. Su voz nos parece cada dia mas lozana, y su método de canto excita una simpatia irresistible. En el duo con la tiple estuvomuy feliz, y cantó en toda la ópera con mucho acierto y particular dulzura. La Tosi cantó muy bien ese duo, y se distinguió principalmente en el rondó final, siendo de sentir únicamente que en la cavatina del primer acto no alcanzase á tomar ciertas notas agudas. Su accion suplió como siempre esa falta, y el público la aplaudió en el duo y en el rondó final. Siendo el papel de Maria muy dificil en cuanto á las situaciones del libretto, no le dió la Tosi toda la expresion que debiera, especialmente en las escenas mudas, donde principalmente debe el actor llenar la escena; pero trabajó muy bien y nosotros la damos nuestra sincera enhorabuena. La señora De-Bernardi lució como de costumbre la clara y extensa voz de que está dotada y cantó con mucho gusto la parte de Armando. Como el contralto tiene poco que cantar en esa ópera, la De-Bernardi añadió una cavaletta en el segundo acto, y tanto en este como en el primero recibió aplausos del público. Meini, que tenia á su cargo la parte mas trabajosa de la ópera, se ganó esa noche la benevolencia de los espectadores que ya estaban muy dispuestos en su favor desde las últimas representaciones del *Hernani*. Nadie habia dudado de la buena voz y excelente método de canto, del señor Meini, desde que cantó por primera vez en Madrid; pero su natural timidez y la desconfianza de sus propias fuerzas con que al parecer se presenta en escena, le han escaseado los aplausos del público mas de lo que debiera. Ya en esta ópera ha recibido bastantes, y cada dia gusta mas su buena escuela y calidad de voz. Contento debe estar Meini con los aplausos del público, puesto que algo le ha costado el conquistarlos, y ya que ha logrado deponer su timidez, presentándose tal, cual es, no desmaye que aun le esperan triunfos escénicos de mas valia. Nosotros hemos visto con gusto, despues de la indicacion que le hicimos en el número anterior, que se cuida algo mas de su figura en esta ópera.—Los trages, fueron de mucho lujo, y la ópera está muy bien puesta en escena.

El tenor Flavio, se ha despedido del público de Madrid repitiendo la *Sonámbula* y finalmente la *Lucia*. En ambas óperas ha sido muy aplaudido, y llamado á la escena en compañía de la Tirelli. Hemos oido decir que nuestro apreciable compatriota va á Lisboa; deseámosle nuevos lauros en su carrera, y sentimos su ausencia de nuestro teatro.—La señora Manzochi, que se dió á luz una sola noche, ha rasgado la escritura que tenia con la empresa, y ésta á rogado á la señorita Tirelli, tuviese la bondad de cantar el *Columella*. La Tirelli ha insistido en que se cumpliese con la Manzochi como se debia, y hecho esto así se ha prestado á cantar dicha ópera. Para su beneficio se dijo que haria la *Beatrice di Tenda* ; pero la empresa, ha dispuesto que sea *L' Elixir d' amore*; la beneficiada cantará ademas el rondó de la *Anna Bolena*, y Guasco la cavatina de *I Lombardi*.

En el teatro del *Circo*, se ha puesto en escena *Maria di Rhoan*, á los pocos dias de llegar á Madrid el gran baritono Jorge Ronconi, que ha sido un acontecimiento extraordinario en el mundo filarmónico.—Grandes elogios se habian hecho de Ronconi, é inmenso en su arte le llamaban todos antes de llegar á Madrid; pero esta es una de las pocas veces en que si no se han quedado cortos los panegiristas, no han exagerado por lo menos. Lleno y algo mas estaba el teatro cuando se presentó en la escena Ronconi, y buenas, malas ó medianas, de cualquier género que fuesen las noticias que de su mérito tuviesen los espectadores, él las niveló todas al salir á las tablas; y las primeras notas de su simpática voz, su primer mirada levantó en masa al público. Su figura, como saben la generalidad de nuestros lectores, no es nada á propósito para la escena; pero la elegancia de sus maneras, la expresion de su fisonomía y la maestria de todos sus movimientos, hace que sean muy pocos los actores capaces de estar á su lado en el teatro. Respecto á su voz nada podemos decir que sea nuevo, despues de lo que han dicho todos los periódicos; nos contentamos con repetir que á su gran extension, reune la ventaja de ser en extremo pastosa y grata cual ninguna al oido. Tiene un *sol* único y solo en su género que hace levantar de la luneta al menos filarmónico. Su método de canto es extraordinariamente simpático; y en suma Ronconi dotado en los puntos altos de una voz de tenor, y con una octava baja que asombra, es un gran músico y un actor como pocos. Domina el teatro á su antojo, y cuando él dice allá en sus adentros: en este pasaje voy á sublevar el público, ó mios serán los espectadores en esta mirada, no hay mas que dejarse fascinar y proclamarle artista eminente. La señora Pardini, contralto que se estrenaba esa misma noche, tiene una hermosa voz y canta con mucho gusto. Hablaremos con mas detencion de esta artista en otra ópera en que el contralto tenga mas canto.

El señor Betini, estuvo demasiado fatal en esa noche, y vino á confirmar lo que ya hemos dicho otras veces: que es un dolor que dotado de una voz muy regular, no sepa nunca lo que se canta. Recomendámosle que estudie y que no se abandone, pues buenos modelos tiene hoy en Madrid. La Ober-Rossi salió vestida con mucho lujo aunque sin gusto ninguno, y cantó algo peor de lo que acostumbra. El público entusiasmado con Ronconi, tuvo la inoportuna galantería de aplaudirla; en lo cual no hizo bien á nuestro juicio; pues en la cavatina que era la única pieza de la ópera que debió haber cantado regularmente, estuvo muy desgraciada. A Ronconi lo hicieron salir cuatro veces á la escena y las señoras se despojaron de sus ramilletes arrojándolos á los pies del artista.

Y ahora preguntarán los lectores, cómo habiéndose cantado la *Maria di Rohan* en dos teatros á la vez, no entramos en comparaciones sobre los artistas que la han desempeñado en una parte con los de la otra; pero á eso contestamos que habiendo dado nuestro juicio sobre ambos, al público le corresponde esa parte del artículo que nosotros no haremos jamás. El artista que agrada cumpliendo con su obligacion y la notabilidad que entusiasma, valen exactamente lo mismo.

A. F.

—Los periódicos de Milan que se han empeñado en darnos que hacer y hacernos reir todas las quincenas, nos proporcionan la ocasion de elogiar á la señora Emilia Tosi, de una manera que nosotros no podriamos hacer nunca sin faltar á la verdad. Rogamos á nuestros lectores que olviden por un momento el juicio crítico que hizo el *Laberinto* sobre el *Roberto Devreux*, y vean el siguiente artículo traducido del *Fígaro*. No queremos perder esta coyuntura de elogiar á la señora Tosi, y la suplicamos que la aproveche por si no se ve en otra. El público de Madrid nos ha pedido licencia para poner notas al artículo de Milan, y estamos obligados á concederle esta gracia que se le debe de justicia. Dice así el *Figaro*.

«La noche del 23 de marzo vió (1) el teatro de la *Cruz* comparecer de nuevo en la á escena á Emilia Tosi, que por una leve indisposicion (2) agravada peligrosamente por haber errado la cura (3) privó por algun tiempo de los trabajos escénicos, y de los triunfos que siempre acompañan á esa eminente artista. Antes que la Emilia Tosi, desplegase toda la potencia de su talento en el *Roberto* . que es como decir antes que saliese á la escena (4) la envolvió el público en una salva de aplausos y de aclamaciones (5), tanto para mostrarla que no se habian olvidado de las maravillas que hizo en la *Borgia*, cuanto para manifestarla el gusto que tenian de ver desempeñar la Elisabetta, á una artista tan distinguida por su figura (6) como por sus disposicionee dramáticas, y admirable por una estraña mezcla del mas sublime ingenio con las dotes mas bellas y mas raras de la naturaleza (7). La cavatina cantada con elegancia y con admirable frescura de voz (8) alejó las sospechas que pudiera haber de que la enfermedad hubiese estropeado el órgano potente (9) de la Tosi, abrió la marcha á las aclamaciones repetidas y prolongadas (10) que acompañaron (11) todas las piezas de la eminente artista, hasta el rondó final, donde fueron estraordinarias (12). Allí superó las grandes esperanzas que el público tenia de su celebrado y bien pagado (13) talento. El tenor Paterni, fué el segundo en los aplausos (14).» (Aquí sigue el artículo hablando de Paterni con razon en algunas cosas y añade): «pero aquí por desgracia cesan los triunsos (15) del *Roberto*, pues los dos artistas encargados de las partes de Sara y de Nottingham, estuvieron muy inferiores á la Tosi y Paterni; (16) y vista la importancia de esos papeles, parece un sueño (17) que la ópera tuviese un éxito de tantos aplausos y llamadas á la escena; proporcionando un triunfo tan completo (18) á la eminente Tosi, y aun á Paterni.»

---

(1) En España no es costumbre que vean los teatros sino los espectadores.

(2) Tres meses de jornales le ha costado á la empresa, y tres idem de fatiga continua á la Tirelli.

(3) Que se forme causa á los médicos y punto concluido.

(4) Esto es: cuando estaba aun en la cama; porque allí estaria antes de salir al teatro.

(5) Esos aplausos habrán sido en Milan, pues aquí pueden Vds. estar seguros de que no hubo ni una sola palmada.

(6) De gustos no hay nada escrito, y hasta ahí vamos conformes.

(7) Si señor, sí, es buena moza; pero sin ofender á las hijas de Italia, si vieran Vds. qué bonitas las hay en España!

(8) Es lo único que le falta segun voz general de los periodistas de Madrid.

(9) Sino tiene mas que tres octavas de extension!!!!!!

(10) Aquí no hemos aclamado últimamente, mas que á Moriani, á Ronconi y á Guasco; pero si Vds. quieren que se mamen el dedo los milaneses, no se lo diremos á nadie.

(11) La acompañaron... si... los profesores de la orquesta y muy bien por cierto.

(12) Si lo ordinario es aplaudir, estraordinarias fueron.

(13) De poco se asustan Vds.; en España treinta mil francos no valen nada.

(14) Conviniendo en que la Tosi fué la primera, tienen Vds. razon; pero y sino hubiese sido así?...

(15) Aquí por fortuna empiezan, pues la señorita Chimeno recibió muchos aplausos del público en la parte de Sara, que cantó con mucho gusto, y fué llamada á la escena.

(16) El señor Lej que cantaba la parte de Nottingham, gustó al público á pesar de estar enfermo; Salas que cantó al dia siguiente esa misma parte, por las muchas óperas que tenia á su cargo Lej, entusiasmó de tal manera y fué llamado tantas veces á la escena, algunas de ellas en compañía de la señorita Chimeno, que desde esa noche se le llama la *prima donna* del Roberto. Dos noches mas se ha repetido esa ópera y en ambas ha hecho furor Salas y ha sido muy aplaudida la Chimeno.

(17) Y lo es en verdad.

(18) Si á eso llama completo la señora Tosi, con poco se contenta. (*Notas del público de Madrid*).

ANUNCIOS.

HISTORIA

DEL

CONSULADO Y DEL IMPERIO DE NAPOLEON,

POR Mr. THIERS.

TRADUCIDA, CORREGIDA Y AUMENTADA

POR DON ANTONIO ALCALA GALIANO,

CON 60 MAGNIFICOS GRABADOS EN ACERO.

Diez tomos en octavo mayor.

De la publicacion de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO por Thiers, ya hemos hablado en otro prospecto. Allí sin encarecer la importancia de ese libro que tal período de la historia moderna comprende y por tal historiador está escrita, nos limitábamos á anunciarla, persuadidos de que cuanto se refiere á Napoleon es popular en toda Europa, y de que cuando el historiador del hombre de la época ha visto multiplicarse en todos los paises de una manera asombrosa su HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, el interés que inspira el héroe se aumenta con la idea de un escritor de tan superior talento. Hoy sin prodigar encomios á una obra que no los necesita, podemos asegurar á los que á ella se suscriban grandes ventajas.

El editor D. IGNACIO BOIX ha celebrado un contrato con Mr. Paulin, editor propietario de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO, en virtud del cual ha adquirido el derecho de imprimir en España y Francia una traduccion española de aquella obra, dándola á luz, al mismo tiempo y en los mismos períodos que el original se publique en París. Y como este derecho adquirido por el editor don Ignacio Boix es esclusivo, se deduce naturalmente que la traduccion que salga de sus prensas se repartirá á los suscritores mucho antes que cuantas traducciones se hagan de ese libro que aguarda anhelante el mundo literario, y cuya aparicion es un verdadero acontecimiento.

Aun no seria suficiente la ventaja de adquirir la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO si la prontitud de su publicacion no estuviera en armonía con lo esmerado del trabajo. Para conciliar ambos estremos, esta traduccion está publicándose bajo la inspeccion de un literato de tan justa y merecida nombradía como el señor don Antonio Alcalá Galiano, quien la corregirá y anotará brevemente para darle nuevo interés y mayor realce.

Mas la adquisicion del derecho exclusivo de publicar la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO, el confiar su traduccion á conocidos escritores, y su inspeccion á una persona que tan alto puesto ocupa en la literatura, suponen grandes gastos, y podia creerse que el editor se propone lograr prontos reembolsos, y disminuir el mérito de las ventajas con lo escesivo del precio. Bien lejos de eso el precio de suscricion será equivalente al del original en la capital de Francia, de suerte que cada tomo de 450 á 500 páginas tendrá de coste la ínfima cantidad de 20 rs. en Madrid para los suscritores, y 24 para las provincias francos de porte.

De la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO se publicaron en París los tomos 1.° y 2.° lo mismo que en Madrid el dia quince de marzo, y el mismo dia 15 vieron la luz los dos primeros tomos de la edicion española en París y principales capitales de España. El tercer tomo se publicará inmediatamente que esté corriente el original del 4.° y asi sucesivamente. de manera que segun el editor francés aparecerá un tomo mensual.

Ha sido tal la acogida que ha merecido del público esta obra con solo la lectura del prospecto, que no son ya suficientes los ejemplares de la primera edicion para satisfacer los pedidos, y se ha dado ya principio á la reimpresion de los dos tomos primeros aumentándose la tirada del 3.° antes de su publicacion. El editor don Ignacio Boix trató de estereotiparle para hacer varias ediciones, aprovechando el adelanto de ser el primero en su aparicion, para surtir todos los puntos de América, para los que ya han salido hace un mes los tomos primero y segundo.

La importancia de la obra que se anuncia exige todo género de sacrificios, y su editor no economiza ninguno para corresponder de una manera digna á la constancia de las muchas personas que honrando cotidianamente su establecimiento, figuran en las listas de sus numerosas publicaciones.

Se acaba de repartir en Madrid el tomo 3.° y 2.ª entrega de láminas de esta interesante obra á todos los suscritores.

Se halla abierta la suscricion en las librerías de Boix, calle de Carretas, núm. 8 y 35, y en la de los señores viuda de Calleja é hijos, como igualmente en las de los corresponsales del reino, extranjero y ultramar de ambas casas.

HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA,

TRADUCIDA Y AUMENTADA

POR DON SEBASTIAN MIÑANO.

Doce tomos en octavo mayor que forman coleccion con la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO DE NAPOLEON.

Se abre suscricion á esta interesante obra para los que gusten adquirirla insensiblemente con una rebaja de su primitivo precio, siempre que sean suscritores a la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO.

MADRID. Cada tomo en rústica sin láminas, 20 rs. Idem con láminas, 25.

PROVINCIAS. Cada tomo en rústica sin láminas, 24 reales. Idem con láminas 30.

Se puede obtener esta obra á comodidad de los que deseen adquirirla, satisfaciendo el valor de uno, dos ó mas tomos y por el tiempo que dure la publicacion de la HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO; terminada aquella quedará cerrada la suscricion.

Está abierta la suscricion á ambas obras en las librerías de Boix, calle de Carretas, como asimismo en todas las capitales de España y extranjero.

TESORO DE AUTORES ILUSTRES.

COLECCION

DE LAS MEJORES NOVELAS, ASI NACIONALES COMO EXTRANJERAS.

Cuando gusten pueden pasar los señores suscritores á recoger el tomo cuarto del JUDIO ERRANTE, el primero de las EMPRESAS POLITICAS de D. Diego de Saavedra Fajardo y el tomo de la novela los ESLABONES DE UNA CADENA.

OBRAS PUBLICADAS.

EL PEREGRINO, escrito en francés por el vizconde d' Arlincourt, y traducido por don Jaime Tió, un tomo de 416 páginas, con láminas para los suscritores 14 rs.

HISTORIA de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV (contiene hasta la batalla de Monjuich) escrita por don Francisco Manuel de Melo, y terminada por don Jaime Tió; un tomo de 400 páginas con láminas, 14 rs.

ESPEDICION de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, por don Francisco Moncada, conde de Osuna, con un prólogo y notas, por don Jaime Tió, de 260 páginas con láminas, 12 rs.

GUERRA de Granada, hecha por el rey don Felipe II contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes, historia escrita por don Hurtado de Mendoza, seguida de la vida del Lazarillo de Tormes, sus fortunas y adversidades, por el mismo autor; un tomo de 270 páginas, con láminas, 12 rs.

SATANIEL. Novela histórica escrita en francés por Federico Soulié, y traducida por D. J. Tió, un tomo de 350 páginas con láminas, 14 rs.

OBRAS EN PROSA de Silvio Pellico: *Mis prisiones*. Memorias del autor, traducidas del original italiano por J. Llausás. Las precede una noticia biográfico-crítica por A. de Latour, y las completan notas y aclaraciones históricas de Pedro Maroncelli.—Deberes del hombre, traducidos por M. Mala, un tomo de 325 páginas con láminas, 14 rs.

LA ESTRELLA POLAR, segundo viaje del Peregrino, por el vizconde d' Arlincourt, traduccion de don J. V. M. de G. Un tomo de 416 páginas; con láminas, 14 rs.

LELIA. Esperidion, por Jorge Sand, traducidas la primera por don J. Tió, y la segunda por don J. de Luna, 2 tomos de 333 páginas el primero, y el segundo de 350: con láminas, cada uno 14 rs.

VIDA y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache, por Aleman; 2 tomos de 300 páginas con laminas, cada uno 14 rs.

LA TORRE DE LONDRES, por W. Harison, traducida por Vale y Baeza, 2 tomos de 300 páginas con láminas, cada uno 14 rs.

MASANIELLO ó los ocho dias de revolucion en Nápoles, por Defaucoupret. Traducida y adicionada por don F. de P. Fors de Casamayor; un tomo de mas de 253 páginas con láminas, 12 rs.

HISTORIA de la hermosa cordelera y de sus tres amantes.—El Mutilado, por Saintine. Traducidas y adiccionadas con las biografías del Petrarca y de Laura, por J. Tió. Un tomo de 300 páginas con láminas, 14 rs.

LOS TRES REINOS, tercer viaje del Peregrino por el vizconde d' Arlincourt, traduccion de don J. V. M. de G., un tomo de 382 páginas, 14 rs.

TEATRO de Alejandro Dumas. Primera série; contiene: Enrique III.—Cristina de Suecia.—Margarita de Borgoña.—Catalina Howard. Traduccion de D. J. Tió, un tomo de 480 páginas con láminas, 14 reales.

NOVELAS EJEMPLARES de Cervantes, dos tomos con láminas, cada uno 12 rs.

HISTORIA de los árabes y de los moros de España, por Luis Viardot, 14 rs.

LOS MISTERIOS de París por Eugenio Sue, cinco tomos á 14 rs. con láminas.

ARTURO, por Eugenio Sué, dos tomos de 300 páginas con láminas. Cada uno á 14 rs. Historia de la dominacion de los árabes en España, por el doctor don José Antonio Conde. Nueva edicion, 3 tomos de mas de 300 páginas con láminas. Cada uno 14 rs. El Judío Errante, por Eugenio Sué. Van publicados cuatro tomos de mas de 300 páginas y se está imprimiendo el quinto. Cada uno 14 rs.

Continúa la suscricion y venta de estas obras en las librerías de don Ignacio Boix, Calle de Carretas números 8 y 35.

DIRECTOR Y EDITOR, D. Antonio Flores.

Impreso en las prensas mecánicas de D. I. BOIX calle de Carretas, núm. 8.